

Wainerman, Catalina. **Conyugalidad y paternidad ¿Una revolución estancada?**. *En publicación: Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política*. Gutiérrez, María Alicia. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. 2007. ISBN: 978-987-1183-72-2

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/gutierrez/09Wainerman.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

CATALINA WAINERMAN*

CONYUGALIDAD Y PATERNIDAD ¿UNA REVOLUCIÓN ESTANCADA?*

INTRODUCCIÓN

Familia y trabajo fueron temas tratados por separado durante mucho tiempo por los científicos sociales, a pesar de que la división del trabajo en nuestras sociedades funciona “simultánea e indisolublemente en las dos instancias [y, por lo tanto] no se puede disociar el estudio del lugar de los hombres y de las mujeres en la producción de su lugar dentro de la familia. Se remiten constantemente uno al otro” (Barrère-Maurisson, 1999: 35). Muy recientemente, la relación entre ambos campos ha aparecido como una nueva preocupación motorizada por el gran aumento de la fuerza de trabajo femenina, que en las últimas décadas en Argentina comprometió sobre todo a mujeres casadas y unidas con cargas de familia. Actualmente son muchas las mujeres que entran y permanecen en el mercado de trabajo –sea como ocupadas o buscando

* Directora del Doctorado en Educación, Escuela de Educación, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, Argentina. Ex investigadora principal del CONICET con sede en el Centro de Estudios de Población (CENEP), Buenos Aires.

** El presente artículo es un resultado parcial del Proyecto ANPCYT, CENEP-BID 1201/OC-AR, No.4-6228 (2000-2003) “Reestructuración económica y dinámica familiar: explorando las transformaciones en la conyugalidad y la paternidad”, dirigido por la autora con la colaboración de Gabriela Benza.

trabajo—, casi como los varones, cualquiera sea su situación familiar. Lo mismo da que formen o no una pareja, tengan o no hijos, y si los tienen, sean bebés, niños o adolescentes. Y en esto Argentina no está sola. Sigue el camino que ya han recorrido los países más desarrollados de América y Europa, en los que la trayectoria laboral de las mujeres se ha asimilado a la de los varones. Esta transformación ha ido paso a paso con otras que tuvieron lugar en las vidas de los individuos y en las vidas de las familias en las últimas tres décadas.

La historia laboral, incluyendo la de la ocupación y desocupación, es distinta para las mujeres y los varones. Desde la segunda posguerra hasta los sesenta y más aceleradamente después de los setenta, las mujeres aumentaron su participación en la fuerza de trabajo. Este movimiento de la casa al trabajo actuó como una contracorriente dentro del panorama de una fuerza de trabajo global decreciente, panorama al que contribuyeron los varones reduciendo sustancialmente su participación laboral vía los jóvenes (que prolongaron su escolaridad y retrasaron su ingreso al mundo del trabajo) y los mayores (que adelantaron su salida del mercado en pos de la jubilación y el retiro). A estos grupos se les añadieron, desde mediados de la década del setenta y más aceleradamente desde los ochenta, los varones adultos jefes de hogar que redujeron su participación en el mercado laboral por efecto de la crisis.

Llegados los noventa, las tendencias en el empleo femenino y masculino se acentuaron. Entre 1991 y 1996, es decir, desde la instalación del nuevo modelo económico y el momento en que su impacto sobre el mercado de trabajo alcanzó su pico más alto con elevadísimas tasas de desocupación, la tasa de crecimiento de la población activa del área metropolitana de Buenos Aires de entre 15 y 69 años de edad (9,4%) duplicó a la de la población total de esas mismas edades (4,2%). Pero el aporte de ambos sexos fue disímil. Las mujeres contribuyeron mucho más que los hombres; especialmente las de 20-24 a 40-44 y las de 50 a 55 años de edad (Sautu, 1997). En contraste, las tasas de participación económica masculina prácticamente no variaron en ese período, excepto ligeramente entre el grupo de 50-54 años de edad. Más precisamente, en estos años las mujeres activas del área metropolitana de Buenos Aires de entre 15 y 64 años crecieron a tasas tres veces mayores que los varones (38 a 53% mientras ellos se mantuvieron alrededor del 85%). Esto continuó intensificando el proceso de feminización de la fuerza de trabajo, fundamentalmente vía las mujeres casadas y unidas, en su mayoría cónyuges del jefe de hogar.

El cambio en el comportamiento laboral se produjo en Argentina, como en la mayoría de los países desarrollados y en desarrollo, simultáneamente con un aumento de la esperanza de vida y del envejecimiento de la población, expansión de la educación, disminución de la natali-

dad y de las uniones matrimoniales legales, y aumento de la edad para contraer matrimonio, así como de las uniones de hecho, los divorcios y las separaciones (Wainerman y Geldstein, 1994). Todos estos cambios afectaron a ambos, mujeres y varones, pero más, o más directamente, a las primeras que a los segundos. En estas últimas tres décadas las mujeres han recorrido un largo camino en dirección a la igualdad de sus oportunidades con las de los varones. Han alcanzado niveles más altos de educación, en el ámbito de la escuela secundaria primero y de la universidad después, mientras han avanzado sobre la matrícula de carreras antes privativas de los varones como ingeniería, veterinaria o ciencias económicas, al punto de que sólo en un grupo reducido de carreras ellas no son hoy mayoría. El hecho tiene una trascendencia que va más allá de la educación en sí y de las oportunidades laborales que potencialmente abre. Es que las mujeres con mayor educación tienen pautas maritales y reproductivas bien diferentes a las que no alcanzaron a superar el nivel primario (Wainerman, 1979). Las primeras postergan por más años su casamiento, más de entre ellas permanecen solteras, son más de entre ellas las que postergan la maternidad, sea no teniendo hijos o teniéndolos en menor número y más tardíamente en sus vidas. Finalmente, estas mujeres tienen una propensión significativamente mayor a participar del mercado de trabajo que quienes tienen menores niveles de educación. La posibilidad de las mujeres de ganar su propio dinero y de alcanzar algún grado de independencia económica, aun en los sectores más desposeídos, es un motor de cambios potenciales en la distribución del poder conyugal, en la toma de decisiones, en la educación de los hijos y, por supuesto, en la formación y disolución de las familias (Geldstein, 1994).

Las transformaciones reseñadas se han dado en las últimas dos décadas juntamente con nuevas formas de vivir en familia que aparecieron, o se extendieron, a otros sectores sociales (Wainerman y Geldstein, 1994). Estos ingredientes han auspiciado la multiplicación de parejas que eligieron no tener hijos; de mujeres solteras que, en cambio, eligieron tenerlos y criarlos solas; de familias formadas por una madre y sus hijos, sin padre conviviente; de otras formadas por padres separados, que comparten la tenencia de sus hijos y conviven con ellos en sus respectivos domicilios la mitad de la semana; de hogares formados (muchos menos) por un padre y sus hijos; de hogares *ensamblados* o *reconstituidos*; de hogares encabezados por mujeres que son las principales proveedoras económicas; de hogares formados por parejas homosexuales sin hijos, o de otras que adoptaron uno o dos hijos.

Como consecuencia de los cambios sintetizados, disminuyó la frecuencia del modelo de familia patriarcal tradicional, de *proveedor único (varón)*, al tiempo que se expandió el modelo de familia de *dos*

proveedores, en la que ambos cónyuges aportan su trabajo al sustento del hogar. El modelo de *proveedor único*¹ responde a una división rígida entre un esposo/padre que aporta su trabajo productivo al sustento económico y una esposa/madre que aporta su trabajo reproductivo al mantenimiento del hogar y el cuidado de los hijos. Se trata de un ideal que no podía ser actuado por amplios sectores de entre los más carenciados, aunque también lo compartieran como aspiración. La capacidad de proveer económicamente al hogar se asociaba estrechamente con la masculinidad, dentro de un modelo en el que el hombre era la autoridad inapelable, para los hijos y también para la esposa. Este modelo prevaleció en Argentina hasta hace no más de un par de décadas, y aún continúa vigente (al menos en la mitología) entre algunos sectores de población cada vez más arrinconados por el cambio cultural.

En el área metropolitana de Buenos Aires, la aglomeración mayor y más moderna del país, los datos son muy elocuentes. Entre 1980 y 2001, entre los hogares nucleares completos, con hijos, con mujeres cónyuges de entre 20 y 60 años de edad, el modelo del *proveedor varón único* (esposo activo y esposa inactiva) perdió popularidad decreciendo en casi un tercio, desde 74,5 a 53,7%, en tanto el de *dos proveedores* aumentó más de tres cuartos, desde 25,5 hasta 46,3% (Wainerman y Cerrutti, 2001; Wainerman, 2002).

El cambio se ha producido por diversas razones, y en momentos y con ritmos diferentes, tanto en los sectores socioeconómicos bajos como en los medios y los altos, tanto entre las mujeres con mayor como con menor nivel de educación formal, y tanto entre las familias en la etapa de formación o de expansión, con sólo uno o con dos o más hijos, bebés recién nacidos, en la niñez, adolescencia, juventud o ya entrando en la vida adulta. Se trata de una transformación social casi revolucionaria, una que pone en cuestión los valores establecidos acerca de la definición de los roles de género y de la división del trabajo extradoméstico. Fue consecuencia de la crisis económica, y también de cambios en los valores ligados a la femineidad y masculinidad, a la maternidad y paternidad, en el marco de un cambio de valores más básico acerca de la individualidad, la búsqueda de la realización personal, de las metas y los medios de búsqueda del bienestar individual por sobre el societal.

La problemática con que nos enfrentan las transformaciones mencionadas es: en qué medida la redefinición del lugar de ellas en el *afuera* ha sido acompañada por una redefinición equivalente del lugar de ellos en el *adentro*, lo que de no ser así, significa para las mujeres extenuantes jornadas de trabajo doméstico que se suman al extrado-

1 El modelo cristalizó en Estados Unidos tras la revolución industrial y comenzó a resquebrajarse tras la Segunda Guerra Mundial (ver Bernard, 1981; Pleck, 1987).

méstico. Esta pregunta, que guió la investigación motivo del presente texto, ya fue enfrentada en Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España, México, Sudáfrica, Suecia, China y Rusia, entre otras sociedades en las últimas dos décadas². La respuesta a que ha dado lugar sistemáticamente es que las mujeres dedican muchas más horas en promedio que sus cónyuges al trabajo doméstico, aunque participen del mercado laboral a tiempo completo, como ellos³. Hochschild (1989) ha bautizado *revolución estancada* a este aumento de mujeres con *doble jornada* (laboral y doméstica) no acompañada por un aumento equivalente de la participación de los varones en la esfera doméstica. En lo que sigue examinaremos en qué medida esta es la situación en la Argentina de hoy.

EL ESCENARIO Y LOS ACTORES

En el curso del año 2002 entrevistamos a 200 mujeres esposas-madres de 200 familias residentes en el área metropolitana de Buenos Aires. Las seleccionamos de manera intencional dado que, más allá de la descripción, nos interesó indagar si las pautas de división del trabajo reproductivo difieren entre los hogares de uno y de dos proveedores, en distintos sectores sociales. Las contactamos a través de instituciones educacionales y barriales, amigos y conocidos, en parte mediante la estrategia de bola de nieve. Establecimos varios criterios de selección. Buscamos que fueran familias nucleares completas, en la etapa de formación, de sectores bajos y medios muy contrastantes, con niveles bajos (primaria completa y menos) y altos de educación (universitaria incompleta y más), todas con niños pequeños, uno al menos de no más de 4 años de edad, y ningún otro miembro conviviente, salvo, si lo hubiera, personal de servicio doméstico *con cama adentro*. La mitad en cada nivel socioeconómico habrían de ser hogares con un proveedor (varón) y la mitad con dos proveedores (ambos miembros de la pareja conyugal). Requerimos que los proveedores tuvieran la condición de ocupados por un mínimo de 20 horas semanales. También requerimos que tuvieran residencia prolongada en el área metropolitana de Buenos Aires y que fueran nativos de la misma área o de jurisdicciones de la zona litoral. Tomando en cuenta las diferencias en las pautas matrimoniales y reproductivas, establecimos una edad menor para las parejas conyugales de sectores bajos que para las de los sectores medios.

2 Ver, entre otros, Coltrane (2000), quien revisa más de 200 trabajos académicos sobre el trabajo doméstico publicados entre 1989 y 1999; Dunn (1997); Durán (1988); Hass (1993); Hood (1986); Morris (1990); Ramos Torres (1990); Salles y Tuirán (1997); Smit (2002); Szinovacz (1984); Warshofsky Lapidus (1988); Zhang y Farley (1995).

3 Por eso Blumberg (1991: 9) señala que “el trabajo doméstico es el aspecto de la vida familiar más resistente a los cambios de las mujeres en la posición económica y en la fuerza de trabajo”.

Debido a las serias dificultades que enfrentaba el mercado laboral en el momento de llevar a cabo el trabajo, fue necesario relajar los criterios de selección. La realidad con la que contamos, entonces, difiere en algo de lo que nos propusimos inicialmente, especialmente en cuanto a las características ocupacionales, fundamentalmente a las horas de trabajo y al lugar de nacimiento de las entrevistadas y sus cónyuges. Así, los cuatro grupos –dos de sectores bajos (uno de un proveedor y otro de dos proveedores) y dos de sectores medios (uno de uno y otro de dos proveedores)– quedaron formados de la manera que describimos a continuación.

Algo más de tres cuartos de las mujeres y de sus esposos son nativos de la Capital Federal, el Gran Buenos Aires, la provincia de Buenos Aires y otras zonas del litoral. Sólo un cuarto de las y los cónyuges de nivel económico social (NES) bajo nacieron en las provincias más pobres del noroeste y noreste del país, de donde migraron al área metropolitana de Buenos Aires. En los hogares de NES bajo, la media de edad de las mujeres es de 30,5 años y la de los varones de 33,9 años, inferior a las correspondientes en NES medio, que alcanzan a 33,1 y 35,8 años respectivamente. También hay diferencias entre los hogares de uno y de dos proveedores. Entre los primeros, la edad media de las mujeres y de los varones (31,3 y 34,0 años) es algo inferior a la de las mujeres y varones de los hogares de dos proveedores (32,4 y 35,7 años respectivamente). La frecuencia de uniones consensuales predomina entre las parejas de NES bajo (61%), lo que marca una diferencia sustancial con las de NES medio, en las que domina el matrimonio legal (86%).

En casi un cuarto de los hogares de NES bajo las mujeres han tenido uniones anteriores (22%), con mucha mayor frecuencia que sus congéneres de NES medio (7%). Para alrededor del 17% de los cónyuges varones en ambos sectores sociales, la pareja actual (consensual o legal) no es la primera. Como consecuencia de esta situación, cerca de un quinto de hogares de NES bajo son *ensamblados*, casi exclusivamente con hijos de uniones anteriores de ellas. El ensamblaje caracteriza a 22% de los hogares de NES bajo pero sólo a 2% de los de NES medio.

A pesar de la menor edad promedio de las parejas conyugales de NES bajo, cerca de la mitad (43%) tienen cuatro hijos y más, lo que contrasta con las parejas de NES medio, entre las cuales lo más frecuente es haber tenido sólo un hijo (45%) al momento del estudio, seguidas muy de cerca por las que tenían 2 hijos (41%). En promedio, en los hogares de NES bajo encontramos 3,7 hijos, en tanto en los de NES medio, 1,7. Las diferencias en las pautas reproductivas también están presentes, aunque más atenuadas, en los hogares de uno y de dos proveedores, con mayor número de hijos en los primeros que entre los segundos (45%

versus 36% tenían tres y más hijos hasta el momento de las entrevistas) lo que hacía un promedio de 2,9 y de 2,5 hijos respectivamente.

Las diferencias entre sectores sociales se reflejan también en las edades de los hijos. Los de NES bajo no sólo son más prolíficos, además tienen hijos de más edad, lo que significa, por una parte, que tienen más demandas filiales y, por otra, que pueden disponer de ayuda de los mayores para el cuidado de los menores. Si bien en ambos sectores sociales son mayoría (61 y 70%) los hogares en los que el hijo menor (o único, en algunos casos) tiene 2 años o menos, la situación difiere radicalmente en cuanto a la etapa del ciclo vital de los hijos mayores. En dos tercios de los hogares de NES medio (67%) el hijo mayor es una criatura que no supera los 5 años de edad; en un cuarto son niños de entre 6 y 10 años; y en el escaso resto (8%) son preadolescentes y adolescentes de 11 y más años de edad, el mayor de los cuales tiene 16 años. En los hogares de NES bajo las cifras respectivas son 22, 35 y 43% y, en este último caso, el hijo mayor llega a tener 21 años de edad. Casi no hay diferencia entre los hogares de uno y de dos proveedores en cuanto a las edades promedio de los hijos (7,4 y 7,1 años) y las del hijo mayor (20 y 21 años respectivamente). Estos datos tienen importancia para la temática que tratamos, dado que la presencia de un mayor o menor número de hijos y de hijos más o menos pequeños crea circunstancias diferentes en cuanto a las demandas de la maternidad-paternidad, a la disponibilidad de ayuda en la reproducción cotidiana y, en el caso de las mujeres, en cuanto a sus posibilidades de concurrir al mercado de trabajo y compatibilizar ambas esferas, la familiar y la laboral. Para completar el panorama hay que notar que la mayoría absoluta de los hogares tenían al menos un hijo en el sistema escolar (88% en NES bajo y 75% en NES medio), la mayoría en un solo turno. La experiencia del doble turno es casi exclusiva de los hogares de NES medio (28 versus 5% de NES bajo).

En resumen, las diferencias entre las pautas maritales y reproductivas son mayores entre hogares de diversos NES que entre los de uno y de dos proveedores. Los hogares de NES bajo están formados por parejas conyugales más jóvenes y con más hijos, circunstancias que hacen más difícil la articulación entre las demandas familiares y las laborales para los hogares menos favorecidos. A ello hay que agregar que estos hogares no cuentan con ayuda doméstica remunerada, situación bien diferente a la de los de NES medio, entre los cuales el 61% cuenta con ella. Como podía esperarse, dicha ayuda es más frecuente entre los hogares de dos proveedores (67%) que entre los de un proveedor (55%).

Los niveles de educación alcanzados por las parejas conyugales de uno y otro NES, con pocas excepciones, satisfacen el criterio de selección de la muestra. Entre las de NES bajo, el 80% de las mujeres y el 87% de los varones no sobrepasaron el nivel secundario incompleto

de educación, en tanto en el NES medio la totalidad de las mujeres y el 85% de los varones posee universitaria incompleta y más. Como es dable esperar ya que el mercado laboral recluta selectivamente a las mujeres (pero no a los varones) según su educación, entre otras cualidades, la escolaridad de las mujeres de los hogares de dos proveedores es superior a la de un proveedor.

El deterioro extremo del mercado laboral que caracterizaba el momento en que llevamos a cabo el trabajo de campo fue visible en la notoria frecuencia de trabajadoras y trabajadores que eran beneficiarios de los Planes Trabajar para jefas y jefes de hogar desocupados que puso en marcha el Estado para dar un salario mínimo, por unas 20 horas semanales de trabajo, a la enorme masa de desocupados que dejó la crisis económica de fines de los noventa y comienzos de 2000. También en los excluidos del sistema que recurrieron a la recolección de papel, cartón y metales (*cartoneros*) y al trueque como forma de lucha contra la exclusión del mercado, intentando paliar la extrema miseria a que han sido reducidos por el deterioro del mercado de trabajo. El trueque ha sido refugio en especial de las mujeres que fabrican pan, tortas, bizcochos para intercambiar por otros bienes en un mercado totalmente informal de base comunitaria. Así, tanto entre las mujeres como entre los varones, entrevistamos a personas tan débilmente vinculadas al mercado de trabajo como beneficiarios de los Planes Trabajar, partícipes del trueque y *cartoneros*. Un número mucho mayor de mujeres que de varones de los sectores bajos estaban ocupados de este modo tan precario.

Entre quienes lograron una inserción algo más estable, aunque de marcada informalidad, la ocupación en la que se concentra gran parte de las mujeres de NES bajo es el servicio doméstico, en general en casas particulares y por horas. Las hay, además, que venden cosméticos a domicilio, que atienden un kiosco o despensa de su propiedad o en su propio hogar, o que trabajan como modistas por su cuenta. Los equivalentes entre sus cónyuges varones están ocupados en tareas de mantenimiento en casas particulares o en instituciones, o en otras tareas no calificadas como vigiladores de la seguridad, changuistas de albañilería, pintura y reparaciones de neumáticos o bicicletas.

La situación ocupacional de las mujeres y varones de NES medio es muy contrastante. Todos ellos están insertos en el sector formal de la economía como profesionales científicos y técnicos. Hay entre ellas analistas programadores, abogadas, profesoras del nivel polimodal, de música, psicólogas y psicopedagogas, diseñadoras gráficas de publicidad, productoras de TV o empleadas bancarias. Entre ellos, gerentes administrativos, directores de empresa o jefes de área en empresas de servicios grandes y medianas. A ellos se añaden, como entre las mujeres, científicos y profesionales como programadores informáticos, ana-

listas de sistema, abogados, pediatras, periodistas, profesores de nivel polimodal, kinesiólogos y agentes de viaje.

Las mujeres en los hogares de dos proveedores (101) tenían al momento de la entrevista una (o más de una) ocupación a la que dedicaban en promedio 32 horas semanales. Los varones en la totalidad de los hogares (200) estaban ocupados en promedio 49 horas. No había diferencias ni entre ellas ni entre ellos según pertenecieran a uno u otro sector social. Esto significa que las mujeres, *en promedio*, dedicaban un 50% menos de tiempo a las actividades productivas que los varones. Pero el promedio oculta un hecho digno de destacar que revela el Cuadro 1: en el total de las mujeres, son muchas (la mitad) las que trabajan a tiempo parcial, menos de 30 horas semanales, y de entre ellas, un 14% lo hace de manera casi intersticial, menos de 19 horas a la semana, más en los hogares de NES bajo que medio. Hay que recordar que casi un tercio de las mujeres de NES bajo están ocupadas en los Planes Trabajar y en el trueque, formas extremadamente débiles de inserción en el mercado de trabajo. Entre los varones, la extensión del tiempo de trabajo es bien diferente: sólo un 6,5% trabaja menos de 30 horas semanales en promedio, y son mayoría absoluta (81%) quienes lo hacen entre 40 y 45 horas semanales (24,5%) y más (56,5%). La alta ocupación horaria de los varones está notoriamente más extendida en los sectores medios (89%) que en los bajos (73%), pero no guarda ninguna relación con el hecho de ser único proveedor o de compartir el trabajo productivo con sus esposas.

Cuadro 1

Duración de la jornada laboral en horas por semana según sexo y NES (%)

Duración jornada laboral semanal	Mujeres			Varones		
	Total	NES bajo	NES medio	Total	NES bajo	NES medio
Tiempo parcial	49,5	62,0	37,2	6,5	12,0	1,0
-19 horas	13,9	20,0	7,8	1,0	2,0	0,0
20-29 horas	35,6	42,0	29,4	5,5	10,0	1,0
Tiempo completo	31,7	14,0	49,1	37,0	34,0	40,0
30-39 horas	19,8	6,0	33,4	12,5	15,0	10,0
40-45 horas	11,9	8,0	15,7	24,5	19,0	30,0
Tiempo supercompleto	18,8	24,0	13,7	56,5	54,0	59,0
46 horas y más	18,8	24,0	13,7	56,5	54,0	59,0
Total hogares	(101)	(50)	(51)	(200)	(100)	(100)

A pesar de las diferencias entre mujeres y varones en la duración promedio del tiempo de trabajo productivo, en casi la mitad de las parejas conyugales (46,5%) ambos están ocupados a tiempo completo, como se

observa en el Cuadro 2. El hecho es el doble de frecuente en los sectores medios (61%) que en los bajos (32%). Una cifra igual (46%) de parejas siguen el modelo del varón proveedor principal con ocupación de tiempo completo y mujer de tiempo parcial. Nuevamente, se trata de un modelo más popular entre los sectores bajos (54%) que entre los medios (37%).

Cuadro 2

Duración de la jornada laboral semanal de las parejas conyugales* según NES (%)

Duración jornada laboral parejas conyugales	Total	NES bajo	NES medio
Ambos a tiempo parcial**	4,0	8,0	0,0
Ambos a tiempo completo***	46,5	32,0	60,7
Él a tiempo completo, ella a tiempo parcial	45,5	54,0	37,3
Él a tiempo parcial, ella a tiempo completo	4,0	6,0	2,0
Total parejas conyugales	(101)	(50)	(51)

* El universo está integrado por parejas en hogares de dos proveedores.

** Tiempo parcial: menos de 30 horas.

*** Tiempo completo: completo + supercompleto = 30 a 45 horas + 46 horas y más.

Al tiempo dedicado al trabajo productivo hay que incorporarle el del viaje de ida y vuelta al lugar de trabajo, dado que se suma al tiempo en que uno y otros cónyuges están fuera de su hogar (ver Cuadro 3). Con mucha mayor frecuencia que los varones, las mujeres trabajan cerca de su hogar: el 41% del total de las mujeres dedica menos de 25 minutos diarios a ir y volver de su trabajo, situación que sólo ocurre para el 18,5% de los varones. En cambio, el 42,5% de los varones debe insumir 65 minutos y más en viajar a y desde su trabajo. Son las mujeres de NES bajo las que más frecuentemente trabajan muy cerca de sus hogares: el 62% consume menos de 25 minutos diarios en desplazarse al lugar de trabajo; en cambio la mitad (51%) de las mujeres de NES medio gasta de 30 a 60 minutos en viajar diariamente. Algo similar, aunque de modo menos marcado, ocurre entre los varones; la cercanía entre el lugar de trabajo y el hogar es una experiencia más conocida en NES bajo que en medio: los que dedican menos de 25 minutos diarios al viaje al trabajo llegan a 23% en NES bajo y a 14% en NES medio. La lejanía entre trabajo y hogar, en cambio, es una experiencia más frecuente entre los últimos (casi la mitad de ellos –47%– tiene 65 minutos y más de viaje) que entre los primeros (37%).

El tiempo de trabajo, sumado al que insume diariamente el viaje, pone límites “objetivos” a las posibilidades de mujeres y de varones de hacerse cargo de la reproducción cotidiana de la casa y del cuidado de los hijos (sin entrar en la discusión sobre las decisiones iniciales, de

base fundamentalmente cultural, que llevan a más varones a trabajar más horas que sus esposas). Pero al tiempo simple hay que agregarle la flexibilidad o rigidez de los horarios. Sea por razones *objetivas* que tienen que ver con la naturaleza del trabajo y de las relaciones sociales de producción o por razones culturales relativas a lo que es apropiado y/o aceptable desde el punto de vista social para mujeres y varones, el hecho es que son muchas más las mujeres que trabajan en ocupaciones que les permiten mucha flexibilidad para enfrentar emergencias familiares cuando las circunstancias lo demandan (58% en NES bajo y 53% en NES medio), que los varones (23% en NES bajo y 44% en NES medio). Desde el punto de vista *objetivo* son muchas más las que trabajan por su cuenta, en el sector informal de la economía y como servicio doméstico por horas o en los Planes Trabajar o en el trueque, en NES bajo –50%– que en NES medio –14%– y, respectivamente, menos las empleadas u obreras –48 versus 80%– con horarios a cumplir de modo más estricto o inflexible.

Cuadro 3

Duración del viaje diario de ida y vuelta al trabajo en minutos según sexo y NES (%)

Duración viaje al trabajo diario	Mujeres			Varones		
	Total	NES bajo	NES medio	Total	NES bajo	NES medio
-25 minutos	40,6	62,0	19,6	18,5	23,0	14,0
30-60 minutos	33,7	16,0	51,0	39,0	40,0	39,0
65 minutos y más	25,7	22,0	29,4	42,5	37,0	47,0
Total hogares	(101)	(50)	(51)	(200)	(100)	(100)

Cuadro 4

Grado de disponibilidad horaria laboral para cubrir emergencias familiares según NES (%)

Grado de disponibilidad horaria laboral	Mujeres			Varones		
	Total	NES bajo	NES medio	Total	NES bajo	NES medio
Mucha	55,4	58,0	52,9	33,5	23,0	44,0
Poca	29,7	24,0	35,3	44,0	42,0	46,0
Ninguna	14,9	18,0	11,8	22,5	35,0	10,0
Total hogares	(101)	(50)	(51)	(200)	(100)	(100)

LOS HECHOS

Confrontamos a las 200 entrevistadas con una serie de actividades que se realizan en sus hogares y les pedimos nos dijeran quiénes las hacían y en qué medida. Lo formulamos de la siguiente manera:

Ahora le voy a preguntar por una serie de tareas y le voy a pedir que me indique quién o quiénes las realizan. Pueden ser miembros del hogar, parientes o ayuda paga (empleada doméstica, electricista, comedor escolar, etcétera). Piense sólo en los días de semana comunes.

Más adelante les preguntamos por los arreglos en los días no laborables, que podían coincidir o no con los fines de semana.

Indagamos acerca de tareas en dos ámbitos de reproducción cotidiana y ocasional: doméstico y cuidado de los hijos. En el primero, las cotidianas eran: cocinar; decidir qué cocinar cada día; lavar los platos; hacer las camas; poner y/o levantar la mesa; limpiar la casa; organizar la limpieza de la casa (lavar los vidrios, cambiar las sábanas, etc.); lavar la ropa; planchar; y hacer las compras. Las ocasionales, a su vez, incluían cambiar los cueritos de las canillas que pierden, reparar enchufes, etc.; detectar cuándo hace falta cambiar enchufes, cueritos, etc.; contratar a un pintor, carpintero, albañil, etc.; hacer las compras; pagar las cuentas; cuidar a los mayores (padres, suegros, abuelos) cuando están enfermos; y mantener el auto (cambios y arreglos), quienes tuvieran uno. En cuanto al cuidado de los niños, las tareas cotidianas incluían: cambiarles los pañales; darles de comer; bañarlos o hacer que se bañen; vestirlos o hacer que se vistan; decidir qué ropa se ponen; hacerlos dormir o que se vayan a la cama; hacer que se cepillen o cepillarles los dientes; llevarlos y traerlos de la escuela; ayudarlos con los deberes; controlar cuántas horas de televisión y/o qué programas ven; y reprenderlos cuando no hacen las tareas escolares o si cometen travesuras. Las ocasionales, asistir a reuniones de padres en la escuela; hablar con los maestros si andan mal en la escuela; quedarse en casa cuando están enfermos; llevarlos al médico; comprarles ropa; detectar cuándo tienen necesidad de cortarse las uñas o el pelo; y conocer los nombres de los amigos y compañeros de juego de los hijos.

A continuación miraremos primero a la dinámica de la reproducción doméstica, es decir, quiénes son las y los actores que llevan a cabo el mantenimiento del hogar y el cuidado de los hijos. Luego, cómo se distribuye cada una de las actividades entre ambos cónyuges, lo que nos permitirá conocer en qué medida están segregadas por género y cuáles más que otras. En el primer caso nos interesa conocer el elenco total de partícipes de las tareas de la reproducción doméstica, quiénes son los principales organizadores, quiénes los principales ejecutantes, y en quiénes delegan y en quiénes no qué actividades. En el segundo caso, focalizando exclusivamente en la pareja conyugal, cuáles son las actividades marcadas por el género (como femeninas o masculinas) y cuáles no. La última y la más central de las preguntas que enfrentamos es en qué medida el panorama es diverso en los hogares en los que sólo el varón o en los que ambos

cónyuges están ocupados en actividades productivas en el mercado de trabajo, y si esto difiere o no en los distintos sectores sociales.

Antes de comenzar, conviene tener presente que las tareas pueden clasificarse de modos diversos según su frecuencia (diaria u ocasional), ritmo (una o más de una vez al día), el grado de energía que demandan (pesadas o livianas), el grado de calificación que requieren (con o sin calificación *técnica*), la función que involucran (ejecución o planificación), la necesidad que satisfacen (supervivencia biológica o socialización), el grado de creatividad (rutinarias o creativas). Hay que tener en cuenta, además, que los grupos sociales difieren en cuanto a las pautas y a los hábitos de limpieza, además de la composición de sus hogares, lo que determina necesidades diversas de lavado, planchado, limpieza de la casa, cocina, etcétera. Los hay que, por razones culturales o por falta de recursos, no dan importancia a planchar la ropa, la lavan y doblan (o no) y está lista para usar; hay quienes hacen las compras una vez a la semana (quienes disponen de dinero suficiente y utilizan los servicios de los supermercados) y quienes las hacen todos los días en el almacén o panadería del barrio; lo mismo ocurre con la limpieza de la casa, que para algunos es diaria y para otros semanal. En los hogares en que los niños son muy pequeños (o ya grandes) hay actividades, como hacer que se cepillen los dientes o que vayan a dormir o cambiar pañales o asistir a reuniones escolares, que son innecesarias. Estas variaciones entre grupos de hogares (de diverso nivel económico-social y de uno y dos proveedores) las tomamos en cuenta, no así las variaciones individuales entre los hogares.

LA REPRODUCCIÓN DEL HOGAR: LOS ACTORES DEL ELENCO

LA ESFERA DOMÉSTICA

En la mayoría de los hogares, las tareas domésticas –es decir, las necesarias para el mantenimiento del hogar– están a cargo de las mujeres y de sus cónyuges (entre el 66 y el 99% de cada tarea). Más precisamente, las que son cotidianas, satisfacen la supervivencia y son instrumentales⁴ están con mayor frecuencia a cargo de las primeras (48 a 81% de cada tarea), y las que son ocasionales, de gestión y demandan calificación *técnica*⁵, de los segundos (69 a 84%), en tanto las de planeamiento u organización⁶ están a cargo de uno y/o del otro. Pero hay cierto grado de *delegación* en otros. Depen-

4 Cocinar, lavar platos, hacer las camas, poner la mesa, limpiar la casa, organizar la limpieza, lavar la ropa y planchar.

5 Cambiar los cueritos de las canillas o reparar enchufes y mantener el auto.

6 Detectar cuándo hay que hacer pequeñas reparaciones de plomería o electricidad; contratar un pintor; albañil o plomero; hacer las compras; pagar las cuentas o cuidar de los mayores.

diendo del nivel económico-social, los otros actores que ejecutan tareas son: personal de servicio doméstico, pintores, electricistas, plomeros, lavadero, transporte y comedor escolar; o hijos mayores, parientes (madres-padres, suegros-suegras, abuelas-abuelos, tías-tíos) o, muy eventualmente, vecinos o amigos (ver Tabla 1 del Anexo).

Las actividades domésticas que más frecuentemente se delegan⁷ fuera de la pareja conyugal son las que involucran ejecución cotidiana y que son susceptibles de ritualizar –lavar los platos, hacer las camas, poner y sacar la mesa, limpiar la casa, lavar la ropa y planchar. Las actividades que la pareja conyugal delega con menor frecuencia⁸ son las que requieren decisiones sobre organización y/o manejo de dinero, o atención de la salud que, además, son ocasionales. Es el caso de organizar la limpieza de la casa, contratar un pintor, albañil o electricista, pagar las cuentas, detectar cuándo se necesita hacer reparaciones, cuidar de parientes cuando están enfermos o mantener el auto entre quienes tienen uno.

Hay bastante consenso entre los hogares de niveles bajo y medio en relación a cuáles son algunas de las actividades cuya ejecución es responsabilidad de ambos cónyuges y que no se delegan en otros, pero hay diferencias sustanciales en el *número* de actividades que se concentran o se delegan y en *quiénes* (ver cuadros 5 y 6). En términos generales, se delegan más las actividades de ejecución *cotidiana* que las *ocasionales* (varias de las cuales demandan la toma de decisiones) y esto es así casi sin excepciones en ambos NES, si bien con mayor propensión a la delegación en los hogares de NES medio que bajo. En los hogares de nivel bajo se delegan con menor frecuencia que en los de nivel medio actividades reproductivas *cotidianas* como cocinar o lavar la ropa o inclusive una que involucra decisiones como organizar la limpieza de la casa, que en los de nivel medio se resuelven comprando servicios en el mercado. En cambio los hogares de ambos sectores sociales coinciden en no delegar casi ninguna tarea *ocasional*. Las y los actores en quienes se delega con mayor frecuencia varían de modo sistemático según el nivel económico-social de los hogares: en los de nivel bajo, los elegidos son los hijos; en los de nivel medio, el servicio doméstico (ver Cuadro 6).

¿Qué delegan en los hijos los hogares de nivel bajo? Las actividades más livianas como poner y sacar la mesa, hacer las camas o lavar los platos (con las cuales muchas familias inician el entrenamiento de la conducta responsable de los niños). Los de nivel medio delegan en el servicio doméstico las actividades más pesadas, como limpiar la casa,

7 Medidas en términos de las actividades que son realizadas en un 10% y más por “otros” actores que no son los cónyuges.

8 Medidas en términos de las actividades que son realizadas en un 90% y más por ambos cónyuges.

planchar y, en menor medida, lavar la ropa o cocinar, además de algunas livianas como hacer las camas y lavar los platos.

Es paradigmática la tarea de lavar los platos, que en los hogares de nivel bajo es realizada en un 25% por los hijos, con igual frecuencia con que en los de nivel medio está a cargo del servicio doméstico. Lo mismo ocurre con hacer las camas, de la que participan en cerca de un tercio los hijos de los hogares de nivel bajo, y el servicio doméstico con idéntica frecuencia en los de nivel medio, sin participación alguna de los hijos. La limpieza de la casa –tarea pesada– se delega en los hijos en sólo un 20% en el nivel bajo, la mitad de la frecuencia (41%) con que en el nivel medio se delega en el servicio doméstico. Como quienes delegan estas actividades son casi siempre las esposas, dado que se trata de tareas tradicionalmente *femeninas* en las que los esposos varones no participan, las mujeres de los niveles más bajos están mucho más exigidas que las de nivel medio.

Las diferencias según sectores sociales son atribuibles en parte a que en los de nivel bajo son más los hijos (mayores demandas domésticas y filiales) y son más los de mayor edad, además de que estos hogares no cuentan con servicio doméstico. Pero también es probable que sean atribuibles a diferencias en la concepción de la infancia y la crianza de los hijos, además de a las capacidades asignadas en las diferentes etapas evolutivas. Hay indicaciones de que esto es así. Por ejemplo, en los hogares con hijos mayores de entre 6 y 10 años de edad, se les asigna *hacer las camas*, casi cuatro veces más frecuentemente en NES bajo (27%) que en NES medio (7%). En estos últimos hogares la tarea la asume el servicio doméstico (32%).

Cuadro 5

Actividades domésticas que no delegan (o que concentran)* las parejas conyugales según NES (%)

Actividades	Total	NES	
		Bajo	Medio
Contratar pintor, etc.	98,6	100,0	98,3
Mantener el auto	98,2	100,0	98,0
Pagar las cuentas	97,6	98,3	96,9
Cuidar mayores cuando enferman	94,5	--	100,0
Detectar cuándo cambiar cueritos, etc.	93,5	94,9	92,6
Hacer las compras	94,2	91,9	96,4
Cocinar	--	91,2	--
Organizar la limpieza	--	94,7	--
Lavar la ropa	--	90,9	--

Fuente: Tabla 1 del Anexo.

* Sólo se incluyen las actividades que concentran (no delegan) en un 90% y más la mujer y el cónyuge de hogares de NES bajo y/o de NES medio.

Cuadro 6

Actividades domésticas que delegan* las parejas conyugales según actores, por NES (%)

Actores y actividades	Total	NES	
		Bajo	Medio
Hijos			
Poner la mesa	20,2	32,7	--
Hacer las camas	17,9	30,8	--
Lavar los platos	12,8	25,3	--
Limpiar la casa	10,6	20,0	--
Planchar	--	12,7	--
Servicio doméstico			
Planchar	25,1	--	46,2
Limpiar la casa	19,9	--	40,7
Hacer las camas	16,1	--	34,6
Lavar los platos	12,5	--	25,3
Lavar la ropa	12,7	--	25,0
Organizar la limpieza	--	--	18,6
Cocinar	--	--	16,0
Poner la mesa	--	--	13,3
Parientes			
Cuidar mayores cuando enferman	--	11,8	--
Otros servicios pagos			
Cambiar cueritos, etc.	10,3	--	20,7

Fuente: Tabla 1 del Anexo.

* Sólo se incluyen las actividades que delegan en 10% y más la mujer y el cónyuge de hogares de NES bajo y/o de NES medio.

EL CUIDADO DE LOS HIJOS

El cuidado de los hijos es, en muchos sentidos, una actividad que se concibe diferente al cuidado de la casa: son menos las tareas parentales y menos los hogares en los que los cónyuges delegan su ejecución. Sobre 18 actividades de cuidado de los hijos que indagamos, alcanzan a 11 (casi dos tercios, 61%) aquellas respecto de la cuales no hay evidencias de delegación en algún grado significativo⁹. Esto contrasta con la cifra de 6 sobre 15 actividades de cuidado del hogar (40%) que no se delegan. Los otros actores que participan del cuidado de los hijos son los hijos mayores, otros parientes –en especial las abuelas y tías– y el servicio doméstico (ver Tabla 2 del Anexo y Cuadro 7).

9 Como en la esfera doméstica, actividades que se delegan son las realizadas en un 10% y más por “otros” que no son los progenitores.

Las actividades de cuidado de los hijos que entre un 12 y un 23% se delegan en otros son de tipo *instrumental*, como cambiarles los pañales, darles de comer, bañarlos o vestirlos (ver Cuadro 8). Las que no se delegan están ligadas a la instalación de hábitos de higiene, de responsabilidad, o de obediencia –como hacerlos dormir, reprenderlos, controlar los horarios de TV, hacer que se cepillen los dientes– o de seguimiento del crecimiento y desarrollo de la salud y la escolaridad –asistir a reuniones en la escuela, hablar con los maestros o llevarlos al médico.

A diferencia de lo que se encontró en la esfera doméstica, los hogares de sectores bajos y medios coinciden en su concepción de (el escaso número de) las tareas que son delegables del cuidado de los hijos, aunque con una leve tendencia a delegar menos actividades entre los sectores medios (4 versus 7 sobre 18). Nuevamente, como en el caso de lo doméstico, los hogares de sectores bajos, cuando delegan, lo hacen en los hijos mayores, en tanto los de sectores medios lo hacen en el servicio doméstico (ver Cuadro 8).

Las mayores diferencias entre sectores sociales en el cuidado de la casa comparado con el de los hijos, sumado a que el número de hoga-

Cuadro 7

Actividades del cuidado de los hijos que no delegan (o que concentran)* las parejas conyugales según NES (%)

Actividades	Total	NES	
		Bajo	Medio
Controlar TV	100,0	100,0	100,0
Hablar con maestros	100,0	100,0	100,0
Conocer nombres amigos	99,2	100,0	98,6
Llevarlos al médico	98,7	97,7	99,4
Asistir reuniones escuela	98,6	98,2	99,1
Detectar cortar uñas, pelo	98,4	99,2	97,8
Hacerlos dormir	97,6	97,6	97,6
Reprenderlos	97,3	96,8	97,7
Cepillar los dientes	96,6	94,6	99,0
Quedarse en casa	94,4	95,5	93,3
Comprarles ropa	92,6	94,7	91,5
Decidir qué ropa se ponen	90,4	--	92,7
Ayudarlos con deberes	--	--	100,0
Bañarlos/se bañen	--	--	90,8

Fuente: Tabla 2 del Anexo.

* Sólo se incluyen las actividades que concentran (no delegan) en 90% y más la mujer y el cónyuge de hogares de NES bajo y/o medio.

res que delegan tareas domésticas es mucho mayor que los que delegan la atención de los hijos (en ambos sectores sociales), revela mayor consenso social respecto de la maternidad-paternidad que de la domesticidad: los hijos no se delegan, la casa sí.

Cuadro 8

Actividades del cuidado de los hijos que delegan* las parejas conyugales según actores por NES (%)

Actividades	Total	NES	
		Bajo	Medio
Hijos			
Cambiarles pañales	--	16,7	--
Vestirlos/se vistan	--	14,3	--
Bañarlos/se bañen	--	13,0	--
Ayudarlos con deberes	--	12,8	--
Decidir qué ropa se ponen	--	12,0	--
Darles de comer	--	11,2	--
Servicio doméstico			
Cambiarles pañales	--	--	15,1
Darles de comer	--	--	14,9
Vestirlos/se vistan	--	--	11,7

Fuente: Tabla 2 del Anexo.

* Sólo se incluyen las actividades que delegan en 10% y más la mujer y el cónyuge de hogares de NES bajo y/o de NES medio.

LA DIVISIÓN DEL TRABAJO ENTRE LOS CÓNYUGES: ¿SEGREGACIÓN O NEUTRALIDAD GENÉRICA?

Hemos visto quiénes son las y los actores que en los hogares se hacen cargo de la ejecución y/o planeamiento de las actividades reproductivas de la casa y del cuidado de los hijos. Como dijimos, en la mayoría de los hogares y en la mayoría de las actividades, los actores principales del elenco son los dos cónyuges. La pregunta que enfrentamos ahora es quién de ellos desempeña el papel protagónico en cada una de las dos esferas y en cada una de las actividades que involucran. Otra manera de pensarlo es en términos de cuáles de las actividades tienen *marca genérica*. Como sabemos que las mujeres han sido tradicionalmente la *prima donna* en este escenario, optamos por enfrentar la pregunta desde la perspectiva de los varones preguntándonos, en primer lugar, cuánto se abstienen los varones de participar en cada una de las actividades y, en segundo lugar, en cuáles de ellas el protagonismo se invierte y son ellos los *divos* y las mujeres los personajes secundarios. Esto significa identificar, primero, en qué actividades ellos hacen *nada o parte*, y luego, en

cuáles ellos hacen *todo* o la *mayor parte*. Esta mirada es más adecuada que una que interrogue cuán frecuentemente cada actividad es compartida en mitades por ambos cónyuges, lo que supondría (ingenuamente) esperar que el modelo al que se dirigen los hogares *modernos* es uno homogéneo, de igualdad plena de participación de ambos cónyuges (al menos en los hogares de dos proveedores) en la reproducción del hogar. La mirada que adoptamos, en cambio, no hace suposiciones sobre homogeneidad ni sobre un modelo ideal final sino que constata el grado de alejamiento (o abandono) del modelo *tradicional* de división del trabajo reproductivo.

LA ESFERA DOMÉSTICA

Los varones participan nada o sólo muy poco de las actividades domésticas *cotidianas* involucradas en la vida de la casa. En efecto, en alrededor de tres cuartos (77% o más) de los hogares ellos se abstienen de cocinar, lavar platos, hacer las camas, poner la mesa, limpiar la casa, organizar la limpieza, lavar la ropa y planchar. Todas ellas son *tareas marcadas por el género*, son *no masculinas* (ver Cuadro 9). Lo dicho no significa que sean las mujeres las que las realicen en su totalidad, ya que en la mayoría de los casos las delegan más o menos parcialmente en otros (como ya vimos, sobre todo en los hijos mayores y en el servicio doméstico). No obstante, al delegar la *ejecución* no se delega, en la mayoría de los casos, la *responsabilidad* por la ejecución, lo que significa que también en esas tareas las mujeres invierten energía y ocupan su pensamiento.

Entre las actividades *ocasionales* el panorama es distinto. En este caso ninguna de las tareas es *no masculina*, es decir, masivamente rechazada por los varones. Sí hay, en forma contraria, una tarea masculina: los varones son los encargados casi exclusivos de mantener el auto (en 83% de los hogares). Algo similar ocurre con hacer pequeñas reparaciones en el hogar como cambiar cueritos o enchufes: aunque no es una tarea masculina, los varones son quienes más participan en su ejecución, junto con otros actores en quienes la delegan. Estas dos tareas –mantener el auto y cambiar cueritos– son las únicas vinculadas al mantenimiento del hogar en las que las mujeres se abstienen de participar, es decir, son las únicas tareas domésticas *no femeninas*. En el resto de las actividades *ocasionales* no hay una marca genérica clara, sino más bien diversidad de modelos de organización. Por un lado, en actividades como *detectar* cuándo es necesario hacer pequeñas reparaciones en el hogar aparecen tres modelos de organización: en 41% de los hogares es una tarea definida como *sí masculina* (los varones hacen *todo* o la *mayor parte* de ella), en 43% es definida como *no masculina* (los varones hacen *nada* o sólo *parte* de ella) y en 17% no está definida

Cuadro 9

Distribución de las actividades domésticas entre cónyuges según grado de participación de ellas y ellos por NES (%)

Actividades y grado de participación	Varones			Mujeres		
	Total	NES bajo	NES medio	Total	NES bajo	NES medio
Cocinar	(200)	(100)	(100)	(200)	(100)	(100)
Todo + mayor parte	5,5	8,0	3,0	73,0	80,0	66,0
Mitad	7,5	7,0	8,0	11,5	9,0	14,0
Parte + nada	87,0	85,0	89,0	15,5	11,0	20,0
Lavar los platos	(200)	(100)	(100)	(200)	(100)	(100)
Todo + mayor parte	4,0	2,0	6,0	57,5	65,0	50,0
Mitad	9,0	6,0	12,0	16,5	13,0	20,0
Parte + nada	87,0	92,0	82,0	26,0	22,0	30,0
Hacer las camas	(200)	(100)	(100)	(200)	(100)	(100)
Todo + mayor parte	1,5	0,0	3,0	55,0	61,0	49,0
Mitad	4,5	2,0	7,0	12,0	11,0	13,0
Parte + nada	94,0	98,0	90,0	33,0	28,0	38,0
Poner la mesa	(200)	(100)	(100)	(200)	(100)	(100)
Todo + mayor parte	4,0	2,0	6,0	34,5	38,0	31,0
Mitad	19,0	11,0	27,0	30,0	20,0	40,0
Parte + nada	77,0	87,0	67,0	35,5	42,0	29,0
Limpiar la casa	(200)	(100)	(100)	(200)	(100)	(100)
Todo + mayor parte	1,0	2,0	0,0	56,0	72,0	40,0
Mitad	8,5	9,0	8,0	15,0	15,0	15,0
Parte + nada	90,5	89,0	92,0	29,0	13,0	45,0
Organizar la limpieza	(198)	(100)	(98)	(198)	(100)	(98)
Todo + mayor parte	1,0	2,0	0,0	80,8	87,0	74,5
Mitad	6,6	7,0	6,1	10,1	7,0	13,3
Parte + nada	92,4	91,0	93,9	9,1	6,0	12,2
Lavar la ropa	(200)	(100)	(100)	(200)	(100)	(100)
Todo + mayor parte	1,5	0,0	3,0	71,5	87,0	56,0
Mitad	7,0	8,0	6,0	12,5	10,0	15,0
Parte + nada	91,5	92,0	91,0	16,0	3,0	29,0
Planchar	(186)	(87)	(99)	(186)	(87)	(99)
Todo + mayor parte	1,0	1,1	1,0	62,3	87,5	40,4
Mitad	2,7	1,1	4,0	4,8	3,4	6,0
Parte + nada	96,3	97,8	95,0	32,9	9,1	53,6

Cuadro 9 - continuación

Actividades y grado de participación	Varones			Mujeres		
	Total	NES bajo	NES medio	Total	NES bajo	NES medio
Cambiar cueritos, etc.	(199)	(99)	(100)	(199)	(99)	(100)
Todo + mayor parte	70,9	70,7	71,0	7,5	11,1	4,0
Mitad	4,0	8,1	0,0	2,5	4,0	1,0
Parte + nada	25,1	21,2	29,0	90,0	84,9	95,0
Detectar cuándo cambiar cueritos, etc.	(199)	(99)	(100)	(199)	(99)	(100)
Todo + mayor parte	40,7	46,5	35,0	36,2	37,4	35,0
Mitad	16,6	11,1	22,0	16,6	12,1	21,0
Parte + nada	42,7	42,4	43,0	47,2	50,5	44,0
Contratar pintor, etc.	(114)	(25)	(89)	(114)	(25)	(89)
Todo + mayor parte	50,9	80,0	42,7	25,4	12,0	29,2
Mitad	21,9	8,0	25,9	21,9	8,0	25,8
Parte + nada	27,2	12,0	31,4	52,7	80,0	45,0
Hacer las compras	(200)	(100)	(100)	(200)	(100)	(100)
Todo + mayor parte	8,0	11,0	5,0	43,0	39,0	47,0
Mitad	42,0	40,0	44,0	43,0	41,0	45,0
Parte + nada	50,0	49,0	51,0	14,0	20,0	8,0
Pagar las cuentas	(195)	(98)	(97)	(195)	(98)	(97)
Todo + mayor parte	47,2	43,9	50,5	33,9	37,8	30,0
Mitad	16,9	16,3	17,5	16,9	16,3	17,5
Parte + nada	35,9	39,8	32,0	49,2	45,9	52,5
Cuidar mayores cuando enferman	(50)	(25)	(25)	(50)	(25)	(25)
Todo + mayor parte	8,0	12,0	4,0	52,0	56,0	48,0
Mitad	32,0	16,0	48,0	36,0	24,0	48,0
Parte + nada	60,0	72,0	48,0	12,0	20,0	4,0
Mantener el auto	(102)	(18)	(84)	(102)	(18)	(84)
Todo + mayor parte	83,4	100,0	79,8	3,9	0,0	4,7
Mitad	10,8	0,0	13,1	10,8	0,0	13,1
Parte + nada	5,8	0,0	7,1	85,3	100,0	82,2

ni como masculina ni como femenina (es hecha en una mitad por los varones y en otra mitad por las mujeres). La misma diversidad aparece en relación a contratar servicios pagos como pintores, electricistas o albañiles; o a pagar las cuentas. Por otra parte, hay actividades en las

que aparece diversidad pero menor, sólo dos en lugar de tres modelos de división del trabajo, con gran frecuencia de hogares en los que los varones (y las mujeres) realizan la mitad de cada actividad, como es hacer las compras (en el 50% de los hogares es *no* masculina y en alrededor del 42% es hecha por la mitad por ambos cónyuges); y cuidar de los mayores cuando se enferman (en el 60% de los hogares es *no* masculina y en cerca del 32% es hecha en su mitad por los varones y en otra mitad por las mujeres). Las diferencias en el grado de diversidad de modelos o de consenso entre los hogares en cuanto a la segregación genérica de las actividades sugiere que son actividades en estado de cambio, posiblemente hacia una menor marcación genérica.

Lo dicho hasta aquí se refiere a la totalidad de los hogares. Veamos ahora si el panorama se repite en los distintos sectores sociales. Cuando se trata de las actividades *cotidianas*, con la sola excepción de poner y sacar la mesa, consensualmente en los hogares de sectores bajos y en los de sectores medios se las define como *no* masculinas. Hay menos consenso en relación a las actividades *ocasionales*, pero hay una regularidad destacable: en la casi totalidad de las actividades, son más los varones en los hogares de sectores medios que en los bajos los que comparten por mitades las tareas con sus esposas. Hay que tomar en cuenta que estas son actividades que en general no se delegan en otros (a diferencia de las cotidianas) por lo que es una arena donde se juega más claramente la concepción de la división del trabajo doméstico entre los cónyuges. Así, la frecuencia de hogares en los que ambos cónyuges comparten por mitades contratar un pintor o un albañil, o cuidar a los mayores, es tres veces mayor en los sectores medios que en los bajos.

En resumen, la marca genérica de las tareas o, para decirlo de otro modo, la concepción de qué actividades domésticas *no son* de varones y cuáles son *sólo* de varones es muy hegemónica en la actualidad, y un poco más entre los sectores bajos que entre los medios. Sobre las 15 actividades del cuidado de la casa por las que indagamos, 8 están marcadas como *no* masculinas en los sectores bajos y 7 en los sectores medios, mientras que 2 actividades están marcadas como *sí* masculinas entre los primeros y sólo 1 entre los segundos. Por otro lado, la marca genérica femenina también es más frecuente en los hogares de niveles bajos que en los medios (8 versus 3 sobre 15), en los que las mujeres delegan más actividades y en mayor proporción en el servicio doméstico.

EL CUIDADO DE LOS HIJOS

Como ya dijimos, el cuidado de los hijos está más frecuentemente a cargo de los progenitores o, dicho de otro modo, se delega menos en otros actores que el cuidado de la casa. Pero hay similitudes entre los dos ámbitos de la reproducción: son muchas más las actividades recha-

zadas por los varones, es decir, no masculinas, que las ejecutadas en forma casi exclusiva por las mujeres, es decir, marcadas como femeninas. Las no masculinas son 8 sobre 18, y las femeninas sólo 3 sobre 18. En más de tres cuartos de los hogares los varones no se ocupan nada o sólo en una pequeña medida de cambiarles los pañales a sus hijos, de darles de comer, vestirlos, decidir qué ropa se habrán de poner –todas actividades cotidianas– de ayudarlos con sus deberes o de hablar con sus maestros o de quedarse en casa cuando están enfermos. No hay ninguna actividad, como sí la hay en relación al cuidado de la casa, que sea ejecutada principalmente por los varones. Las actividades que aparecen como irrenunciablemente femeninas son, como dijimos, tres. Las madres se ocupan de modo exclusivo en la mayoría de los hogares de decidir qué ropa vestirán sus hijos, de hablar con los maestros, y de quedarse en casa cuando los niños están enfermos.

Los testimonios que recogimos, además de indicar que el cuidado de los hijos está menos frecuentemente marcado por el género que el cuidado de la casa, revelan que en esta esfera ambos progenitores son socios más igualitarios. Más de la mitad de las actividades (10 sobre 18) son compartidas por mitades entre ambos progenitores en al menos cerca de un cuarto de todos los hogares. Las preferidas para compartir por más hogares son reprenderlos y conocer los nombres de los amigos. En casi la mitad de los hogares las mamás y los papás reprenden a sus hijos por igual, hecho digno de destacar dado que en las generaciones precedentes esta era una función casi exclusiva de los padres, que encarnaban la autoridad patriarcal. Era harto frecuente que las madres amenazaran a sus hijos con la frase: *ya verás cuando se entere o cuando venga tu padre*. Conocer los nombres de los amigos, en cambio, alude a la involucración de los progenitores en la sociabilidad y emocionalidad de la vida de los hijos, la que tradicionalmente era una provincia femenina.

Ocupan un segundo lugar en orden de la popularidad que tiene compartir tareas: hacerlos dormir, comprarles ropa y llevarlos al médico, que son hechas por mitades en un tercio de los hogares. Finalmente, en tercer lugar (entre un quinto y un cuarto de los hogares) madres y padres por igual se ocupan de que sus hijos se cepillen los dientes, controlan su consumo de TV, los llevan a la escuela, los ayudan con los deberes, y asisten a las reuniones escolares. Por otro lado, las que menos comparten padres y madres son cambiarles los pañales, decidir con qué ropa vestirlos (provincia absolutamente de la madre), bañarlos, vestirlos y quedarse en casa para cuidarlos cuando están enfermos.

Cuadro 10

Distribución de las actividades de cuidado de los hijos entre cónyuges según grado de participación de ellas y ellos por NES (%)

Actividades y grado de participación	Varones			Mujeres		
	Total	NES bajo	NES medio	Total	NES bajo	NES medio
Cambiarles pañales	(126)	(57)	(69)	(126)	(57)	(69)
Todo + mayor parte	1,6	--	2,9	65,9	73,7	59,4
Mitad	8,7	5,3	11,6	20,6	14,0	26,1
Parte + nada	89,7	94,7	85,5	13,5	12,3	14,5
Darles de comer	(175)	(80)	(95)	(175)	(80)	(95)
Todo + mayor parte	1,1	1,2	1,1	62,9	70,0	56,8
Mitad	14,9	12,5	16,8	24,6	18,8	29,5
Parte + nada	84,0	86,3	82,1	12,5	11,2	13,7
Bañarlos/se bañan	(199)	(99)	(100)	(199)	(99)	(100)
Todo + mayor parte	5,5	--	11,0	65,4	76,8	54,0
Mitad	17,6	11,1	24,0	22,6	16,2	29,0
Parte + nada	76,9	88,9	65,0	12,0	7,0	17,0
Vestirlos/se vistan	(197)	(97)	(100)	(197)	(97)	(100)
Todo + mayor parte	1,0	1,0	1,0	67,0	76,3	58,0
Mitad	16,7	8,2	25,0	24,9	14,4	35,0
Parte + nada	82,3	90,8	74,0	8,1	9,3	7,0
Decidir qué ropa se ponen	(196)	(96)	(100)	(196)	(96)	(100)
Todo + mayor parte	--	--	--	84,2	82,4	86,0
Mitad	6,6	4,2	9,0	9,7	8,3	11,0
Parte + nada	93,4	95,8	91,0	6,1	9,3	3,0
Hacerlos dormir	(193)	(93)	(100)	(193)	(93)	(100)
Todo + mayor parte	8,8	9,7	8,0	51,8	59,1	45,0
Mitad	38,3	29,0	47,0	39,4	31,2	47,0
Parte + nada	52,9	61,3	45,0	8,8	9,7	8,0
Cepillar los dientes	(155)	(85)	(70)	(155)	(85)	(70)
Todo + mayor parte	9,0	7,0	11,4	62,0	68,3	54,3
Mitad	25,2	18,8	32,9	25,2	18,7	32,9
Parte + nada	65,8	74,2	55,7	12,8	13,0	12,8
Llevarlos a escuela	(157)	(83)	(74)	(157)	(83)	(74)
Todo + mayor parte	8,3	7,2	9,5	49,1	56,7	40,6
Mitad	22,3	15,7	29,7	31,8	26,5	37,8
Parte + nada	69,4	77,1	60,8	19,1	16,8	21,6

Cuadro 10 - continuación

Actividades y grado de participación	Varones			Mujeres		
	Total	NES bajo	NES medio	Total	NES bajo	NES medio
Ayudarlos con deberes	(114)	(76)	(38)	(114)	(76)	(38)
Todo + mayor parte	6,1	7,9	2,6	56,1	48,7	71,1
Mitad	21,1	18,4	26,3	24,6	23,7	26,3
Parte + nada	72,8	73,7	71,1	19,3	27,6	2,6
Controlar TV	(120)	(61)	(59)	(120)	(61)	(59)
Todo + mayor parte	13,3	24,6	1,7	62,5	60,7	64,4
Mitad	24,2	14,7	33,9	24,2	14,7	33,9
Parte + nada	62,5	60,7	64,4	13,3	24,6	1,7
Asistir reuniones escuela	(161)	(88)	(73)	(161)	(88)	(73)
Todo + mayor parte	3,7	3,4	4,1	68,9	76,2	60,3
Mitad	26,1	19,3	34,2	25,5	18,2	34,3
Parte + nada	70,2	77,3	61,7	5,6	5,6	5,4
Hablar con maestros	(149)	(86)	(63)	(149)	(86)	(63)
Todo + mayor parte	4,0	5,8	1,6	77,2	80,2	73,0
Mitad	18,8	14,0	25,4	18,8	14,0	25,4
Parte + nada	77,2	80,2	73,0	4,0	5,8	1,6
Reprenderlos	(186)	(97)	(89)	(186)	(97)	(89)
Todo + mayor parte	8,1	9,3	6,7	34,4	43,3	24,7
Mitad	53,8	42,3	66,4	54,8	44,3	66,3
Parte + nada	38,1	48,4	26,9	10,8	12,4	9,0
Quedarse en casa	(195)	(100)	(95)	(195)	(100)	(95)
Todo + mayor parte	3,1	3,0	3,2	82,6	85,0	80,0
Mitad	8,7	7,0	10,5	9,7	8,0	11,6
Parte + nada	88,2	90,0	86,3	7,7	7,0	8,4
Llevarlos al médico	(200)	(100)	(100)	(200)	(100)	(100)
Todo + mayor parte	2,0	2,0	2,0	67,5	74,0	61,0
Mitad	29,5	21,0	38,0	31,0	24,0	38,0
Parte + nada	68,5	77,0	60,0	1,5	2,0	1,0
Comprarles ropa	(198)	(98)	(100)	(198)	(98)	(100)
Todo + mayor parte	13,1	21,4	5,0	50,0	34,7	65,0
Mitad	30,3	38,8	22,0	31,3	38,8	24,0
Parte + nada	56,6	39,8	73,0	18,7	26,5	11,0

Cuadro 10 - continuación

Actividades y grado de participación	Varones			Mujeres		
	Total	NES bajo	NES medio	Total	NES bajo	NES medio
Detectar cortar uñas, pelo	(200)	(100)	(100)	(200)	(100)	(100)
Todo + mayor parte	9,0	11,0	7,0	70,0	71,0	69,0
Mitad	20,5	17,0	24,0	20,5	17,0	24,0
Parte + nada	70,5	72,0	69,0	9,5	12,0	7,0
Conocer nombres amigos	(167)	(88)	(79)	(167)	(88)	(79)
Todo + mayor parte	--	--	--	57,5	62,5	51,9
Mitad	41,3	37,5	45,6	41,3	37,5	45,6
Parte + nada	58,7	62,5	54,4	1,2	--	2,5

También en esta esfera, y más que en la de la casa, los padres de los sectores medios participan más frecuentemente que los de los sectores bajos (7 versus 13 actividades sobre 18 son *no* masculinas en uno y otro sector social) y, por otro lado, son consistentemente más los padres en los hogares de sectores medios que de bajos los que comparten con sus esposas el cuidado de los hijos por mitades, con la sola excepción de comprarles ropa.

Las diferencias entre los hogares de distintos sectores sociales en cuanto a la división del trabajo habitual se reitera en los días no laborales, que pueden o no coincidir con los fines de semana. Tanto en la esfera doméstica como del cuidado de los niños son más frecuentes los cambios de arreglos en NES medio que en NES bajo, sin que importe si las esposas-madres salen o no a trabajar.

Debe señalarse que, cuando se trata de la conyugalidad (en el cuidado de la casa), las mujeres utilizan con frecuencia el término *ayudar*, y eventualmente *colaborar*, para referirse a la participación del cónyuge de los fines de semana (en las tareas que hacen de todos modos ellas). En cambio, cuando se trata de la paternidad, es frecuente que se hable de *compartir* entre marido y mujer. En cuanto a la primera esfera, la de la casa, a menudo las esposas hacen referencia al carácter esporádico de la ayuda del marido, o a su carácter eventual y sujeto a la inspiración y a las ganas. El lenguaje codifica bajo la forma de *a veces hace un asado, cuando está con ganas limpia y cocina, a veces cocina, por ahí hace las camas, lava algún plato, cocina, pero muy de vez en cuando*. Cuando se trata de los hijos, en cambio, el lenguaje codifica pautas más regulares bajo la forma de *los fines de semana él lo cuida más al nene, lo saca a pasear, juega a la pelota con él, los días en que está de franco los va a buscar a la escuela y los ayuda con los deberes, o el domingo como el*

papá está acá les prepara el desayuno a los chicos. En los sectores bajos, los varones (y muchas mujeres) participan más del cuidado de la casa en reemplazo de lo que hacen las y los hijos mayores durante los días laborables; en los sectores medios los varones (y muchas más mujeres) incrementan su participación en reemplazo del servicio doméstico que tiene franco. En cambio, el cuidado de los hijos, que es menos frecuentemente delegado, es compartido entre los padres y las madres.

¿Cuáles son las actividades más sujetas a cambios y en las que más se incluyen los varones en los días no laborables? En lo doméstico, en los hogares de los sectores bajos, en primer lugar cocinar, seguido de hacer las camas y lavar los platos. Cocinar, una actividad más creativa que limpiar, hacer las camas o lavar los platos –cuando no es para *alimentarse* cotidianamente–, parece ser preferida por los varones. El asado del domingo aparece como una provincia masculina irrenunciable.

En relación a los hijos hay una definida participación mayor de los padres de los sectores medios que de los bajos. Y hay una actividad (que no habíamos indagado pero que surgió espontáneamente) que también aparece como una provincia masculina: jugar y salir a pasear con los hijos, a menudo sin la mamá, sobre todo cuando se trata de jugar a la pelota. Pero también hay mucha mayor participación que en los hogares de sectores bajos en tareas cotidianas como darles de comer, bañarlos, vestirlos, y hasta cambiarles los pañales.

En suma, la división del trabajo entre los cónyuges cambia en los días no laborables, cuando se rompe la rutina semanal, siguiendo pautas similares a las que se encuentran en la vida cotidiana: más frecuente en relación a la paternidad que a la conyugalidad y más entre los sectores medios que entre los bajos.

EQUIDAD EN LA DIVISIÓN DE LA REPRODUCCIÓN EN LAS PAREJAS

Estamos ahora en condiciones de enfrentar la pregunta que ha sido el motivo central de nuestro estudio. ¿En qué medida la incorporación del *doble rol* productivo por un número creciente de mujeres está siendo acompañada por la asunción del *doble rol* reproductivo por parte de sus cónyuges en el hogar? Dicho de otro modo, ¿la *revolución* que han llevado a cabo las mujeres en el mercado de trabajo está dando lugar a una *revolución* en la familia (en cuanto a la inclusión de los varones en el mantenimiento de la casa y los hijos), o enfrentamos una *revolución estancada*, en los términos de Hochschild?

Para responderla examinamos, hogar por hogar, cuántas de las parejas conyugales en los hogares que adoptaron el modelo de dos proveedores organizan su reproducción cotidiana y ocasional de una manera más (o menos) igualitaria que las que mantienen el modelo patriarcal de un proveedor, con un esposo-padre proveedor econó-

mico único y una esposa-madre de tiempo completo. Privilegiamos como indicador el grado de participación de los varones ya que, en la mayoría de las familias, las mujeres no tienen opción; sea que las ejecuten ellas mismas o que asuman la responsabilidad de que las ejecuten otros (en quienes delegan la limpieza de la casa, el lavado de la ropa, o el baño de los niños), ellas son la *prima donna* de la obra. Los varones, en cambio, tienen *opción* de participar o no y, en caso de hacerlo, en diversos grados. Y en eso están tanto ellas como ellos alentados por las pautas culturales relativas a lo que es esperable y deseable de ambos en la vida social.

Para dar una respuesta de mayor contundencia y certeza, comenzamos por concentrarnos en un sector de las tareas reproductivas: las cotidianas y las tradicionalmente marcadas como femeninas del cuidado de la casa y los hijos. En segundo lugar, examinamos lo que ocurre en relación a las tareas ocasionales porque entre ellas –en especial en relación a la casa, no así a los hijos– las hay consensual o tradicionalmente marcadas genéricamente como masculinas, de modo que una alta participación de los varones en su realización no significa una reestructuración de la división del trabajo por género.

El *grado de participación en la reproducción cotidiana* mide la combinación entre el número de tareas y la porción de ellas que realizan los varones en una escala cuyo rango va de 0,0 (no hace *nada* de ninguna de las actividades) a 4,0 (hace *todo* de todas las actividades domésticas cotidianas). En casi un cuarto del total de las parejas conyugales (24%) los varones no participan absolutamente nada de ninguna de las tareas cotidianas que demanda el cuidado de la casa; la mayoría cercana a tres cuartos (69,5%) de los varones hace menos de un tercio del cuidado de la casa (ver Cuadro 11). Quienes más participan son una proporción casi insignificante de los varones (en 6,5% de las parejas conyugales) y esa mayor participación apenas representa hacerse cargo sólo de entre un tercio y un medio de la totalidad del trabajo cotidiano que requiere llevar adelante la casa, básicamente la alimentación y la limpieza. La escasa contribución de los varones en el día a día de la casa no varía sustancialmente entre los hogares de los distintos sectores sociales: 21% de los varones de los hogares de NES medio no participan nada en ninguna tarea, porcentaje muy cercano al 27% de los que tampoco hacen nada entre los de NES bajo; a la vez, los pocos hogares en los que ellos tienen una participación relativa mayor sólo alcanzan al 8 y 5% respectivamente. En cambio sí hay diferencias entre los hogares según las esposas salgan o no a trabajar: la prescindencia total de los varones es mayor (29,3%) entre los esposos que son proveedores únicos que entre aquellos cuyas esposas salen a trabajar (18,8%).

Cuadro 11

Estructura de los hogares en términos del grado de participación de los varones en las actividades cotidianas y ocasionales de cuidado de la casa y los hijos, según NES y número de proveedores (%)

Grado de participación de los varones, ámbito y tipo de actividades	Total	NES		N° de proveedores	
		Bajo	Medio	Uno	Dos
COTIDIANAS					
Cuidado de la casa*					
Nada (0,0)	24,0	27,0	21,0	29,3	18,8
Menos de 1/3 (0,1-1,2)	69,5	68,0	71,0	64,6	74,3
1/3 y más (1,3-2,8)	6,5	5,0	8,0	6,1	6,9
Cuidado de los hijos**					
Nada (0,0)	8,0	13,0	3,0	9,1	6,9
Menos de 1/3 (0,1-1,2)	73,5	77,0	70,0	74,7	72,3
1/3 y más (1,3-2,4)	18,5	10,0	27,0	16,2	20,8
OCASIONALES					
Cuidado de la casa***					
Nada (0,0)	2,5	2,0	3,0	2,0	3,0
Menos de 1/3 (0,1-1,2)	7,5	12,0	3,0	8,1	6,9
1/3 y más (1,3-4,0)	90,0	86,0	94,0	89,9	90,1
Cuidado de los hijos****					
Nada (0,0)	9,5	14,0	5,0	7,1	11,8
Menos de 1/3 (0,1-1,2)	69,5	70,0	69,0	74,7	64,4
1/3 y más (1,3-2,8)	21,0	16,0	26,0	18,2	23,8

* Incluye cocinar, lavar los platos, hacer las camas, poner la mesa, limpiar la casa, organizar la limpieza, lavar la ropa, planchar y hacer las compras.

** Incluye cambiar los pañales, darles de comer, bañarlos/se bañen, vestirlos/se vistan, decidir qué ropa se ponen, hacerlos dormir, cepillar los dientes, llevarlos a la escuela, ayudarlos con deberes, controlar TV y reprenderlos.

*** Incluye cambiar cueritos, detectar cuándo cambiar cueritos, contratar pintor, pagar las cuentas, cuidar mayores cuando enferman y mantener el auto.

**** Incluye asistir a reuniones en la escuela, hablar con maestros, quedarse en casa cuando enferman, llevarlos al médico, comprarles ropa, detectar cuándo cortarles uñas y pelo y conocer nombres de amigos.

Cuando se trata de los hijos, son menos los varones (8%) en el total de los hogares que no hacen nada de ninguna de las tareas que demanda su sustento cotidiano y son más los que tienen a su cargo entre un tercio y un medio de todas las tareas (18,5%). Lo dicho es más así en los hogares de sectores medios que bajos. Los padres de los sectores medios se involucran más en la paternidad, alrededor de un cuarto (27%) se hacen cargo de más de un tercio y hasta de casi un medio de las tareas cotidianas, lo que contrasta con el 10% de quienes hacen lo mismo en los sec-

tores bajos. El mayor involucramiento con la paternidad de los varones no es sustancialmente sensible a que las madres salgan o no a trabajar (ver Cuadro 11). Como se puede ver en el Cuadro 12, el *varón promedio* participa apenas en un décimo de la totalidad del cuidado cotidiano de la casa (0,44) y en cerca de un cuarto (0,79) del cuidado cotidiano de los hijos. Ambos valores muestran cuán baja es esa participación.

En suma, la división del trabajo de la casa entre los cónyuges es más segregada o, lo que es igual, la que tiene relación con los hijos es más compartida. En la primera, donde se juega más la conyugalidad, no hay diferencias apreciables entre sectores sociales. Las hay, en cambio, entre los hogares de un único y de dos proveedores, cualquiera sea el sector social, tanto en los hogares de NES bajo como en los de NES medio. Allí donde el esposo es quien sale a trabajar y la esposa no, el *varón promedio* participa menos (0,36) de cocinar, lavar los platos, hacer las camas y de otras tareas cotidianas que allí donde la esposa también sale a trabajar (0,53). En la segunda, donde se juega la paternidad-maternidad, en cambio, no hay mayores diferencias si es uno o ambos progenitores los que salen a trabajar, pero sí las hay entre sectores sociales. Los padres de los sectores bajos participan menos de la paternidad (0,63) que los de sectores medios (0,95), sea que la madre salga o no a trabajar.

El manejo *cotidiano* del hogar diverge del *ocasional*. Son pocos los hogares en los que los varones no se ocupan de algo o mucho de las pequeñas reparaciones de plomería o electricidad que demanda el funcionamiento de la casa, o de contratar un pintor, pagar las cuentas y otras tareas que no requieren ser hechas cotidianamente pero sí ciertas habilidades *técnicas* o de manejo de decisiones o de dinero. Como puede verse en el Cuadro 11, en el 90% de los hogares los varones realizan entre un tercio y la totalidad de las demandas, con alguna mayor participación en los sectores medios que en los bajos, pero con muy poca diferencia entre los hogares en los que ellos son el único o uno de los dos sostenes económicos de la familia. Estas tareas son claramente *masculinas*, hay que recordar que combinan su carácter de ocasional con el de demandar cierta *calificación*, que se supone tienen más los hombres que las mujeres.

La situación contrasta con el ejercicio de la paternidad. Si bien en este caso los padres se involucran algo más en tareas como asistir a reuniones escolares, hablar con los maestros de sus hijos, acompañarlos al médico, comprarles ropa o conocer el nombre de sus amigos que en cambiarles los pañales a los más pequeños, darles de comer, bañarlos, vestirlos, hacer que se cepillen los dientes, llevarlos a la escuela, ayudarlos con los deberes, controlar su consumo de TV o reprenderlos, las diferencias entre la vida cotidiana y la ocasional están

mucho menos marcadas que en el caso de las demandas de la casa. En términos del *varón promedio* (ver cuadros 12 y 13), el grado de participación en la reproducción ocasional de la casa (2,46) es mucho mayor que en la del cuidado de los hijos (0,81). En una escala de 0,0 a 4,0, los padres están claramente a cargo de más de la mitad de las tareas ocasionales de la casa pero por debajo de la mitad de las igualmente ocasionales de los hijos.

Cuadro 12

Coefficientes de “grado de participación promedio” de los varones en las actividades cotidianas y ocasionales de la casa y de los hijos según NES y número de proveedores

Ámbito y tipo de actividades	NES bajo		NES medio		NES		N° prov.		Total
	1 prov.	2 prov.	1 prov.	2 prov.	Bajo	Medio	1	2	
Casa									
Cotidianas	0,35	0,47	0,37	0,58	0,41	0,47	0,36	0,53	0,44
Ocasionales	2,58	2,32	2,45	2,50	2,45	2,47	2,52	2,41	2,46
Hijos									
Cotidianas	0,64	0,62	0,96	0,93	0,63	0,95	0,80	0,78	0,79
Ocasionales	0,78	0,72	0,79	0,93	0,75	0,86	0,78	0,83	0,81

Cuadro 13

Diferencias porcentuales entre coeficientes de “grado de participación promedio” de los varones en las actividades cotidianas y ocasionales de la casa y de los hijos según NES por número de proveedores

Ámbito y diferencias %	Cotidianas	Ocasionales
Casa		
NES B – NES M	14,6	0,8
1-2 proveedores	47,2	-4,4
NES B = 1-2 prov.	34,3	-10,1
NES M = 1-2 prov.	56,8	2,0
1 prov. = NES B-NES M	5,7	-5,0
2 prov. = NES B-NES M	23,4	7,8
Hijos		
NES B – NES M	50,8	14,7
1-2 proveedores	-2,5	6,4
NES B = 1-2 prov.	-3,1	-7,7
NES M = 1-2 prov.	-3,1	17,7
1 prov. = NES B-NES M	50,0	1,3
2 prov. = NES B-NES M	50,0	29,2

En suma, los varones no han hecho hasta el momento cambios equiparables a los de las mujeres. El manejo *cotidiano* de la casa es una empresa de las mujeres de modo muy generalizado, con alguna participación mayor de ellos cuando sus esposas salen a trabajar. El cuidado de los hijos es más una empresa de ambos, y más en los sectores medios que en los bajos, pero sin que el ejercicio de la paternidad sea mayormente sensible a que las madres salgan o no a trabajar. Ambas circunstancias –la ligada a la situación socioeconómica o a que la provisión económica sea o no una responsabilidad compartida– interactúan: la participación más igualitaria de los esposos-padres se da en los hogares de sectores medios y dos proveedores. El manejo *ocasional* de la casa es más una empresa de los varones, en cambio el de los hijos sigue siendo de las mujeres. En este caso, también los varones de los sectores medios cuyas esposas, madres de sus hijos, salen a trabajar son quienes entran en arreglos más equitativos, tanto en relación a la conyugalidad como a la paternidad.

La escasa equidad entre los cónyuges en llevar adelante la empresa familiar, más en lo que hace a lo doméstico que a la paternidad, podría explicarse en parte por la menor disponibilidad de tiempo de los varones (o, lo que es lo mismo, por la mayor disponibilidad de tiempo de las mujeres que no trabajan o trabajan por menos horas que sus esposos) antes que por su definición de la división del trabajo reproductivo según género, dado que el tiempo que se dedica al trabajo productivo compete con el que se dedica a la reproducción. En el universo de hogares de dos proveedores que estudiamos, como ya dijimos, los varones están ocupados en actividades laborales en promedio un 50% de tiempo más que sus esposas, ellos 49 horas semanales y ellas 32 horas. Pero el tiempo que están fuera de sus hogares es mayor porque hay que agregar el que dedican al viaje al trabajo, que a la mayoría de ellas y ellos les insume 30 minutos o más de tiempo cotidiano, con excepción de las mujeres de NES bajo entre las cuales son una mayoría que alcanza a dos tercios las que trabajan muy cerca de sus hogares, por lo que invierten menos de 25 minutos en ir y volver de su casa al trabajo. Por otra parte, son muchos más los varones –y sobre todo los de los sectores bajos– que están ocupados en actividades que les brindan poca o ninguna flexibilidad de tiempo para cubrir emergencias familiares, lo que contrasta con la situación de las mujeres, algo más de la mitad de las cuales dijo tener mucha flexibilidad en igual situación. Dadas estas circunstancias, se vuelve muy plausible la hipótesis de que es la diferente disponibilidad de tiempo que tienen varones y mujeres para la reproducción lo que explica la inequidad de la participación. Si así fuera, debería haber fuertes diferencias en la participación de los varones cuando sus esposas salen a trabajar un número similar de horas a las de ellos.

Si la disponibilidad de tiempo relativa entre los cónyuges explicara la menor participación de los varones que de las mujeres en la reproducción de sus hogares, y teniendo en cuenta que casi todos los varones trabajan a tiempo completo, es en los hogares de dos proveedores donde debería acusarse un mayor involucramiento de los esposos cuando sus esposas salen a trabajar, como ellos, en horarios extensos. Para indagar si esto es así, examinamos el grado de participación de los varones que trabajan 40 horas y más semanales en dos situaciones claramente contrastantes: cuando integran parejas conyugales en las que *ambos* esposos trabajan a tiempo completo el mismo número de horas, y cuando es el esposo el único que sale a trabajar y su esposa es inactiva. Las diferencias que encontremos pueden contrastarse, además, con la participación de los varones en todos los hogares de dos proveedores, no sólo en los que lo hacen a tiempo completo, que ya comentamos más arriba.

Como se observa en el Cuadro 14, efectivamente son los varones cuyas esposas asumen el doble rol productivo a tiempo completo igual que ellos quienes más participan en el día a día de la casa. Lo hacen no sólo más que aquellos cuyas esposas no salen a trabajar (0,58 versus 0,29 en NES bajo y 0,84 versus 0,34 en NES medio) sino también algo más que cuando ellas salen a trabajar cualquier número de horas a la semana (0,58 versus 0,47 en NES bajo y 0,84 versus 0,58 en NES medio). Algo similar ocurre en relación al cuidado de los hijos. Los varones participan más de la paternidad cuando sus esposas trabajan a tiempo completo (0,80 versus 0,61 en NES bajo y 0,98 versus 0,90 en NES medio) y también más cuando ellas lo hacen por cualquier número

Cuadro 14

Coeficientes de "grado de participación promedio" de los varones en las actividades cotidianas de la casa y de los hijos en total de hogares y en hogares de dos proveedores a tiempo completo, según NES y número de proveedores

Ámbito y tiempo de trabajo semanal	NES bajo		NES medio		Total
	1 prov.	2 prov.	1 prov.	2 prov.	
Casa					
Total de hogares	0,35	0,47	0,37	0,58	0,44
Hogares en que varones y mujeres trabajan tiempo completo	0,29	0,58	0,34	0,84	0,42
Hijos					
Total de hogares	0,64	0,62	0,96	0,93	0,79
Hogares en que varones y mujeres trabajan tiempo completo	0,61	0,80	0,90	0,98	0,80

ro de horas (0,80 versus 0,62 en NES bajo y 0,98 versus 0,93 en NES medio). Pero en la esfera de la paternidad, que como ya dijimos reiteradamente los varones rehuyen mucho menos que la domesticidad, la disponibilidad de tiempo relativo de sus esposas tiene menos efecto en sus comportamientos reproductivos.

Como la mayoría de los varones en los hogares que estudiamos trabajan a tiempo completo –a diferencia de sus esposas que varían entre un tiempo *intersticial* y uno completo–, las diferencias que encontramos obedecen básicamente a si las mujeres tienen más o menos tiempo disponible para las tareas reproductivas.

Lo dicho parece sustentar la hipótesis de que la menor disponibilidad de tiempo de las mujeres para el turno reproductivo afecta decididamente el grado de participación de los varones haciéndola mayor, así como la equidad de la división del trabajo entre ambos cónyuges. La equidad aparece aquí como resultado de una negociación entre los cónyuges. Quizás las mujeres que trabajan a tiempo completo y/o casi tantas horas como sus maridos tengan mayor poder para negociar en la pareja una división del trabajo más equitativa. De todos modos, subsisten los hallazgos que habíamos puesto en descubierto anteriormente, para todos los hogares en los que las mujeres tenían diversos grados de involucramiento en el mundo del trabajo productivo. El manejo *cotidiano* de la casa es una empresa mayoritariamente de las mujeres, aun de aquellas que trabajan *como los hombres*, a tiempo completo; es una empresa inequitativa, más aún en los niveles bajos que en los medios (0,58 y 0,84 respectivamente), es decir, muy distante de repartirse por mitades incluso cuando el turno laboral sea similar. También lo es el cuidado *cotidiano* de los hijos, nuevamente más en los sectores bajos que en los medios (0,80 y 0,98 respectivamente). Si bien los varones comparten con sus esposas la paternidad en mayor medida que la domesticidad, están lejos por ahora de hacerlo de forma equitativa.

CONCLUSIONES

El aumento de la participación de las mujeres en el mercado laboral en Argentina ha sido continuo a lo largo de las tres últimas décadas, y más intenso tras la instalación de la crisis, a comienzos de los ochenta, acompañando el deterioro también continuo de un mercado laboral caracterizado por la informalidad, la flexibilización extrema, la precariedad y la exclusión masiva que los pocos y magros planes sociales no logran paliar. A diferencia de lo que ocurría hasta los setenta, cuando eran las *hijas* las que poblaban el mercado de trabajo femenino antes de formar una familia o de ingresar en la maternidad, ahora son sus *madres* las que voluntaria o compulsivamente se lanzaron a poblar el mercado laboral, algunas con éxito y muchas otras sin lograrlo o logrando condiciones de

trabajo que apenas las sacan de la miseria. El movimiento de las más pobres es respuesta a la creciente desocupación de los varones jefes de hogar hasta niveles poco igualados en la historia del país.

En el ámbito de la economía, de la sociedad total, se ha operado una reestructuración del trabajo productivo según género. En el ámbito de la familia, esto ha significado para las mujeres sumar a su trabajo reproductivo un *segundo turno* de trabajo productivo, lo que significa asumir un *doble rol*. Al hacerlo, está teniendo lugar una transformación radical del modelo de organización del hogar establecido de larga data, el del hogar patriarcal en el que los roles productivo y reproductivo están netamente segregados por género, el primero a cargo del esposo proveedor, y el segundo de la esposa madre. En la nueva situación, la pregunta que intentamos responder con nuestro estudio fue en qué medida la redistribución de roles según género que tuvo lugar en el mundo de la producción está siendo acompañada por una redistribución equitativa dentro del ámbito de la familia, en el mundo de la reproducción. La pregunta claramente se dirige a los varones, y a medida en que sus esposas asumen el *doble rol* se opera en ellos una transformación similar que hace de la división del trabajo de la casa y de los hijos una empresa más equitativa de lo que es hoy.

El resultado de comparar cuánto participan los varones en el mantenimiento de la casa y en el cuidado de los hijos no es alentador. Los esposos cuyas mujeres desempeñan el *doble rol* no han hecho cambios en la conyugalidad equiparables a los hechos por ellas en el mundo laboral. El manejo del día a día de la casa sigue siendo una empresa de mujeres, algo más compartida cuando ellas asumen el *segundo turno* productivo. El cuidado cotidiano de los hijos, en cambio, es más empresa de ambos, más en los hogares de los sectores medios que de los bajos, pero sin que haya mayores diferencias si las madres salen o no a trabajar. Los hogares en los que la equidad entre los cónyuges es mayor son los que pertenecen a los sectores medios de dos proveedores.

Hemos examinado si la mayor o menor disponibilidad de tiempo relativa entre ambos cónyuges para tareas reproductivas es una razón de peso en la falta de equidad al llevar adelante la empresa familiar. La conclusión es que lo es, pero sólo hasta cierto punto. En los hogares de dos proveedores de tiempo completo, los varones participan más del cuidado de la casa, y algo más del de los hijos, que en los hogares en los que son proveedores únicos, y esto ocurre en los diversos sectores sociales. Conjeturamos que la mayor equidad sea producto, entre otras, del mayor poder que les concede a las mujeres el ejercicio del *doble rol* para negociar la distribución de las responsabilidades domésticas y parentales. Pero de todos modos la menor inequidad está lejos de ser equidad plena. El manejo cotidiano de la casa y de los hijos sigue

siendo una empresa de la socia mujer, aun de la que sale a trabajar *como un hombre*, a tiempo completo. Esto es mucho más así en los hogares de los sectores bajos que en los de los sectores medios, donde es posible que la ideología de la igualdad de género haya penetrado más y donde las mujeres, con niveles de educación altos, tengan mayor conciencia de su poder.

Mientras las mujeres tienen un menor capital cultural que sus cónyuges, mientras dependen económicamente de ellos, los hombres detentan un poder superior, y este, entre otras cosas, contribuye a mantener la responsabilidad de las mujeres por las tareas domésticas y el cuidado de los hijos, cualquiera sea la involucración de ellas en el mundo del trabajo extradoméstico. El peligro de que se dé una *revolución estancada* (paradójicamente favorecida por la aumentada equidad genérica afuera) que no sólo perpetúe sino que ahonde la inequidad genérica en el adentro debe ser advertido y controlado. El *doble turno* en que han quedado atrapadas más y más mujeres madres, con hijos y con todas las demandas domésticas que ocasiona llevar adelante una familia, requiere una reformulación de la división por las responsabilidades del trabajo doméstico entre ambos cónyuges, mujeres y varones. Las consecuencias de que esta *revolución* no se complete no sólo las sufren las mujeres, también los hijos y los esposos, y las relaciones entre todos los miembros del grupo familiar.

Cuando el *doble rol* era una experiencia de relativamente pocas mujeres, las estrategias para articular familia y trabajo eran producto de creaciones individuales más o menos formalizadas, más o menos productoras de tensiones y conflictos. En ellas participaban el servicio doméstico y otros servicios pagos en los hogares con mayor bienestar económico, además de los parientes y las redes de amigos y vecinos, más frecuentes en los hogares de menores recursos. Pero con más o con menos, sea como ejecutoras o como organizadoras o planificadoras del trabajo reproductivo, la sobrecarga material y emocional de las mujeres *doble rol* era grande. Ahora que las mujeres *doble rol* se han instalado en la sociedad como un hecho habitual, no excepcional, las estrategias para articular familia y trabajo plantean un desafío que requiere una respuesta social, ya no individual.

BIBLIOGRAFÍA

- Barrère-Maurisson, M. 1999 *La división familiar del trabajo. La vida doble* (Buenos Aires: Lumen/Humanitas).
- Bernard, J. 1981 "The good provider role: Its rise and fall" en *American Anthropologist* (Arligton) Vol. 36, N° 1.

- Blumberg, R. L. 1991 "Introduction. The 'triple overlap' of gender stratification, economy and the family" en Blumberg, R. L. (comp.) *Gender, family and economy. The triple overlap* (Newbury Park: Sage Publications).
- Coltrane, S. 2000 "Research on household labor: modeling and measuring the social embeddedness of routine family" en *Journal of Marriage and Family* (Minneapolis) N° 62.
- Dunn, D. 1997 *Workplace/women's place* (California: Roxbury Publishing Co.).
- Durán, M. A. 1988 *De puertas adentro* (Madrid: Instituto de la Mujer).
- Geldstein, R. N. 1994 "Las nuevas familias en los sectores populares" en Wainerman, C. H. (comp.) *Vivir en familia* (Buenos Aires: UNICEF/Losada).
- Hass, L. 1993 "Nurturing fathers and working mothers. Changing gender roles in Sweden" en Hood, J. (comp.) *Men, work, and family* (Newbury Park: Sage Publications).
- Hochschild, A. R. 1989 *The second shift* (Nueva York: Avon Books).
- Hood, J. 1986 "The provider role: Its meaning and measurement" en *Journal of Marriage and Family* (Minneapolis) N° 48.
- Morris, L. 1990 *The workings of the household* (Cambridge: Polity Press).
- Pleck, J. H. 1987 "American fathering in historical perspective" en Kimmel, M. S. (ed.) *Changing men: new directions of research on men and masculinity* (Newbury Park: CA Sage).
- Ramos Torres, R. 1990 *Cronos divididos. Uso del tiempo y desigualdad entre mujeres y hombres en España* (Madrid: Instituto de la Mujer).
- Salles, V. y Tuirán, R. 1997 "Cambios demográficos y socioculturales: familias contemporáneas en México" en Schmukler, B. (comp.) *Familia y relaciones de género en transformación* (México DF: The Population Council/Edamex).
- Sautu, R. 1997 "Reestructuración y empleo en Buenos Aires" en *Estudios del Trabajo* (Buenos Aires) N° 14.
- Smit, R. 2002 "The changing role of the husband/father in the dual-earner family in South Africa" en *Journal of Comparative Family Studies* (Calgary) Vol. XXXIII, N° 3.
- Szinovacz, M. 1984 "Changing family roles and interactions" en *Marriage and Family Review* (Indianapolis) N° 7.

- Wainerman, C. 1979 "Educación, familia y participación económica femenina" en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) Vol. 18, N° 72.
- Wainerman, C. (comp.) 2002 "Familia y trabajo. Prácticas y representaciones" en *Cuaderno del CENEP N° 53* (Buenos Aires: CENEP).
- Wainerman, C. y Cerrutti, M. 2001 "Dual earner couples in Buenos Aires. Structural adjustment and the female and male labour force". Ponencia presentada en la XXIV Conferencia General de la International Union for the Scientific Study of the Population, Bahía, Brasil.
- Wainerman, C. y Geldstein, R. N. 1994 "Viviendo en familia; ayer y hoy" en Wainerman, C. (comp.) *Vivir en familia* (Buenos Aires: UNICEF/Losada).
- Warshofsky Lapidus, G. 1988 "The interaction of women's roles in the USSR" en *Women and Work*, Vol. 3.
- Zhang, Ch. y Farley, J. 1995 "Gender and the distribution of household work. A comparison of self-reports by female college faculty in the United States and China" en *Journal of Comparative Family Studies* (Calgary) Vol. XXVI, N° 2.

ANEXO

Tabla 1
Distribución de las actividades domésticas según actores, por NES (%)

Actores y actividades	Total	NES	
		Bajo	Medio
Cocinar	(298)	(136)	(162)
Mujer + cónyuge	84,3	91,2	78,4
Hijos	2,7	5,9	0,0
Parientes	2,0	0,7	3,1
Servicio doméstico	8,7	0,0	16,0
Otros servicios pagos	2,3	2,2	2,5
Lavar los platos	(296)	(150)	(146)
Mujer + cónyuge	74,0	74,7	73,3
Hijos	12,8	25,3	0,0
Parientes	0,7	0,0	1,4
Servicio doméstico	12,5	0,0	25,3
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Hacer las camas	(279)	(149)	(130)
Mujer + cónyuge	65,6	69,2	61,5
Hijos	17,9	30,8	3,1
Parientes	0,4	0,0	0,8
Servicio doméstico	16,1	0,0	34,6
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Poner la mesa	(342)	(155)	(180)
Mujer + cónyuge	72,6	67,3	77,2
Hijos	20,2	32,7	8,9
Parientes	0,2	0,0	0,6
Servicio doméstico	7,0	0,0	13,3
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Limpiar la casa	(302)	(155)	(147)
Mujer + cónyuge	69,2	80,0	57,9
Hijos	10,6	20,0	0,7
Parientes	0,3	0,0	0,7
Servicio doméstico	19,9	0,0	40,7
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0

Tabla 1 - continuación

Actores y actividades	Total	NES	
		Bajo	Medio
Organizar la limpieza	(231)	(113)	(118)
Mujer + cónyuge	87,5	94,7	80,6
Hijos	2,6	5,3	0,0
Parientes	0,4	0,0	0,8
Servicio doméstico	9,5	0,0	18,6
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Lavar la ropa	(245)	(121)	(124)
Mujer + cónyuge	80,4	90,9	70,2
Hijos	4,5	8,3	0,8
Parientes	0,8	0,8	0,8
Servicio doméstico	12,7	0,0	25,0
Otros servicios pagos	1,6	0,0	3,2
Planchar	(219)	(102)	(117)
Mujer + cónyuge	66,7	84,3	51,3
Hijos	5,9	12,7	0,0
Parientes	2,3	2,0	2,5
Servicio doméstico	25,1	1,0	46,2
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Cambiar cueritos, etc.	(232)	(116)	(116)
Mujer + cónyuge	81,1	85,4	76,7
Hijos	4,3	8,6	0,0
Parientes	4,3	6,0	2,6
Servicio doméstico	0,0	0,0	0,0
Otros servicios pagos	10,3	0,0	20,7
Detectar cuándo cambiar cueritos, etc.	(263)	(116)	(148)
Mujer + cónyuge	93,5	94,9	92,6
Hijos	2,7	4,3	1,4
Parientes	0,8	0,8	0,6
Servicio doméstico	3,0	0,0	5,4
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Contratar pintor, etc.	(145)	(28)	(117)
Mujer + cónyuge	98,6	100,0	98,3
Hijos	0,0	0,0	0,0
Parientes	1,4	0,0	1,7
Servicio doméstico	0,0	0,0	0,0
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0

Tabla 1 - continuación

Actores y actividades	Total	NES	
		Bajo	Medio
Hacer las compras	(326)	(160)	(166)
Mujer + cónyuge	94,2	91,9	96,4
Hijos	4,0	8,1	0,0
Parientes	0,0	0,0	0,0
Servicio doméstico	1,8	0,0	3,6
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Pagar las cuentas	(249)	(119)	(130)
Mujer + cónyuge	97,6	98,3	96,9
Hijos	0,8	1,7	0,0
Parientes	0,8	0,0	1,5
Servicio doméstico	0,4	0,0	0,8
Otros servicios pagos	0,4	0,0	0,8
Cuidar mayores cuando enferman	(72)	(34)	(38)
Mujer + cónyuge	94,5	88,2	100,0
Hijos	0,0	0,0	0,0
Parientes	5,5	11,8	0,0
Servicio doméstico	0,0	0,0	0,0
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Mantener el auto	(114)	(18)	(96)
Mujer + cónyuge	98,2	100,0	98,0
Hijos	0,0	0,0	0,0
Parientes	1,8	0,0	2,0
Servicio doméstico	0,0	0,0	0,0
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0

Tabla 2

Distribución de las actividades del cuidado de los hijos según actores, por NES (%)

Actores y actividades	Total	NES	
		Bajo	Medio
Cambiarles pañales	(229)	(90)	(139)
Mujer + cónyuge	77,3	77,8	77,0
Hijos	7,4	16,7	1,4
Parientes	4,8	3,3	5,8
Servicio doméstico	9,2	0,0	15,1
Otros servicios pagos	1,3	2,2	0,7

Tabla 2 - continuación

Actores y actividades	Total	NES	
		Bajo	Medio
Darles de comer	(291)	(116)	(175)
Mujer + cónyuge	80,4	81,9	79,4
Hijos	4,5	11,2	0,0
Parientes	4,1	3,4	4,6
Servicio doméstico	9,3	0,9	14,9
Otros servicios pagos	1,7	2,6	1,1
Bañarlos/hacer que se bañen	(283)	(130)	(153)
Mujer + cónyuge	88,3	85,4	90,8
Hijos	6,4	13,0	0,7
Parientes	0,7	0,8	0,7
Servicio doméstico	4,6	0,8	7,8
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Vestirlos/hacer que se vistan	(288)	(126)	(162)
Mujer + cónyuge	86,1	84,9	87,1
Hijos	6,3	14,3	0,0
Parientes	0,7	0,0	1,2
Servicio doméstico	6,9	0,8	11,7
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Decidir qué ropa se ponen	(239)	(117)	(122)
Mujer + cónyuge	90,4	88,0	92,7
Hijos	7,5	12,0	3,3
Parientes	0,4	0,0	0,7
Servicio doméstico	1,7	0,0	3,3
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Hacerlos dormir	(291)	(127)	(164)
Mujer + cónyuge	97,6	97,6	97,6
Hijos	1,0	2,4	0,0
Parientes	0,0	0,0	0,0
Servicio doméstico	1,4	0,0	2,4
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Cepillar los dientes	(208)	(110)	(98)
Mujer + cónyuge	96,6	94,6	99,0
Hijos	2,9	5,4	0,0
Parientes	0,0	0,0	0,0
Servicio doméstico	0,5	0,0	1,0
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0

Tabla 2 - continuación

Actores y actividades	Total	NES	
		Bajo	Medio
Llevarlos a la escuela	(235)	(116)	(119)
Mujer + cónyuge	84,0	83,6	84,0
Hijos	3,5	7,8	0,0
Parientes	5,6	5,2	5,9
Servicio doméstico	3,9	1,7	5,9
Otros servicios pagos	3,0	1,7	4,2
Ayudarlos con deberes	(161)	(109)	(52)
Mujer + cónyuge	87,6	81,7	100,0
Hijos	8,7	12,8	0,0
Parientes	1,2	1,8	0,0
Servicio doméstico	0,0	0,0	0,0
Otros servicios pagos	2,5	3,7	0,0
Controlar TV	(158)	(72)	(86)
Mujer + cónyuge	100,0	100,0	100,0
Hijos	0,0	0,0	0,0
Parientes	0,0	0,0	0,0
Servicio doméstico	0,0	0,0	0,0
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Asistir reuniones escuela	(221)	(109)	(112)
Mujer + cónyuge	98,6	98,2	99,1
Hijos	0,0	0,0	0,0
Parientes	0,9	0,9	0,9
Servicio doméstico	0,5	0,9	0,0
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Hablar con maestros	(186)	(101)	(85)
Mujer + cónyuge	100,0	100,0	100,0
Hijos	0,0	0,0	0,0
Parientes	0,0	0,0	0,0
Servicio doméstico	0,0	0,0	0,0
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Reprenderlos	(330)	(154)	(176)
Mujer + cónyuge	97,3	96,8	97,7
Hijos	1,5	3,2	0,0
Parientes	0,0	0,0	0,0
Servicio doméstico	1,2	0,0	2,3
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0

Tabla 2 - continuación

Actores y actividades	Total	NES	
		Bajo	Medio
Quedarse en casa	(230)	(111)	(119)
Mujer + cónyuge	94,4	95,5	93,3
Hijos	0,9	1,8	0,0
Parientes	1,7	1,8	1,7
Servicio doméstico	3,0	0,9	5,0
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Llevarlos al médico	(293)	(130)	(163)
Mujer + cónyuge	98,7	97,7	99,4
Hijos	0,7	1,5	0,0
Parientes	0,3	0,0	0,6
Servicio doméstico	0,3	0,8	0,0
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Comprarles ropa	(283)	(150)	(152)
Mujer + cónyuge	92,6	94,7	91,5
Hijos	0,7	1,3	0,0
Parientes	6,7	4,0	8,5
Servicio doméstico	0,0	0,0	0,0
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Detectar cortarles uñas, pelo	(258)	(122)	(136)
Mujer + cónyuge	98,4	99,2	97,8
Hijos	0,4	0,8	0,0
Parientes	0,4	0,0	0,7
Servicio doméstico	0,8	0,0	1,5
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0
Conocer nombres amigos	(259)	(125)	(134)
Mujer + cónyuge	99,2	100,0	98,6
Hijos	0,0	0,0	0,0
Parientes	0,0	0,0	0,0
Servicio doméstico	0,8	0,0	1,4
Otros servicios pagos	0,0	0,0	0,0